

**UNIVERSIDAD DE SEVILLA**  
**MÁSTER EN ESCRITURA CREATIVA**  
**FACULTAD DE COMUNICACIÓN**  
**TRABAJO FIN DE MÁSTER**

**Curso 2019-2020**

**Convocatoria septiembre**



**VIAJE AL FIN DEL MUNDO**

**NOVELA**

**Modalidad: Creación**

**ISABEL PÉREZ GARCÍA**

A handwritten signature in blue ink, which appears to read 'José M. Camacho'. Below the signature is a long, horizontal, slightly wavy line, also in blue ink, serving as a decorative underline.

**VºBº Tutor**

**Dr. JOSÉ MANUEL CAMACHO DELGADO.**



## Capítulo I

### La partida

*...” En el corazón de los mares están tus confines; los que te edificaron te hicieron perfectamente hermosa; de cipreses de Sanir hicieron tus quillas, de cedros del Líbano tus mástiles; tus remos, de encinas de Basán; tus bancos, de boj incrustado de marfil traído de las islas de Kittim. De lino recamado de Egipto eran tus velas para servir de enseña; de jacinto y púrpura de las islas de Elisa tus toldos. Los habitantes de Sidón y de Arvad eran tus remeros, y los más expertos entre ti, ¡oh! Tiro, tus pilotos...” (Ezequiel 28, 3-9).*

Esa mañana no se despertó como era su costumbre, al cantar el gallo. Esta sería para él una jornada diferente a todas y no había pegado ojo en toda la noche.

Los días previos a la salida de los barcos no se dormía en la ciudad marinera de Tiro. El templo se mantenía abierto día y noche y todo el pueblo hacía ofrendas a Melkart, dios del mar, delante del fuego permanente, con intención de pedir protección y suerte para los viajeros. Se tocaba música con flautas y tambores, se bailaba y se hacían ofrendas de frutas y guirnaldas de flores.

Cuentan los historiadores que había en el templo dos estelas sagradas, una de oro puro y otra de esmeralda, que brillaban por la noche, reflejando las sombras de las jóvenes que no paraban de danzar alrededor de las llamas, de tal manera que quien lo mirara desde muy lejos, podía pensar que no había noche allí.

Había llegado para Aarón el día que tanto había esperado, el de su primer viaje. Recogió sus pertenencias, envueltas en la capa que le había tejido su madre y que le serviría también de abrigo para las noches al raso en la cubierta del barco. Se cargó al hombro la alforja con sus herramientas de escriba, sus cálamos, que ya manejaba con destreza, con trazos rápidos y delicados, papiros y tintas de color negro carbón y rojo ocre.

Mientras la abrazaba, grababa en su corazón las palabras de su madre.

—En tus caminos mira siempre adelante, con la cabeza erguida, sé justo y se leal. Pero mira atrás algún día, hijo, a tu tierra y vuelve.

Se despidió de ella y de sus hermanos pequeños, que quedaron llorando y partió.

Estaba acostumbrado al mar. Todos los jóvenes en la isla de Tiro habían aprendido los secretos de la navegación desde niños, pues era un pueblo de navegantes.

Aarón, además, había sido educado en el oficio de su padre, escriba de viajes. Su padre lo había aprendido también de su propio padre y este del suyo. Desde que embarcó la primera vez, al igual que ahora lo hacía Aarón, en cada ruta había dibujado minuciosamente las costas, hasta los confines a los que habían llegado: cada cabo, cada playa, las rocas, los acantilados, cada río y también las montañas y los bosques que se veían a lo lejos. De todo tomaba referencia fiel en sus papiros. También anotaba los vientos y las corrientes, los pasos peligrosos y los lugares de fuertes resacas, según la época del año. Sus periplos eran de gran valor, porque orientaban la navegación en aquellos días y por esa razón eran muy cotizados por los egipcios, los griegos y cuantos pueblos se lanzaban a la exploración del mar infinito y de las tierras desconocidas. En todos estos conocimientos había instruido al joven Aarón y ahora este sería su cometido.

Al clarear el día el embarcadero ya estaba abarrotado. Un bullicio frenético llevaba a hombres y mujeres de acá para allá, portando las ánforas y paquetes que quedaban aún por cargar.

Los barcos se encontraban a punto. Se habían construido muchos nuevos y otros se habían reparado de los daños sufridos en la expedición anterior. Las bodegas ya estaban colmadas de mercaderías y víveres. Tejidos púrpura, cerámicas, vidrios de colores, papiros, joyas labradas en plata y oro, cornalina y ámbar, estatuillas, amuletos, espadas y todo tipo de utensilios y abalorios se encontraban embalados y apilados en

perfecto orden. Además de aceite y vino, queso, frutos secos y miel, llevaban jaulas con gallinas, cabras y conejos.

Aarón llegó hasta el muelle en el que se encontraba su barco. Sabía que el mar unas veces era apacible y manso, pero otras veces era traicionero y se cobraba la vida de tripulaciones enteras. Los barcos quedaban a merced de las tormentas, de monstruos y de siniestras criaturas que habitaban en las profundidades del abismo. Lo sabía bien porque su padre no había vuelto de la última expedición. Su barco había sido destrozado contra unos acantilados, empujado por un temporal y habían perecido todos sus ocupantes.

Mientras se acercaba al embarcadero recordaba cuando Yago, al regreso del último viaje, le dio la triste noticia. El retorno de las naves, después del largo viaje era vivido con gran expectación por los todos los habitantes de Tiro. Era el momento en el que se reencontraban familias después de meses o años. También era el momento de las buenas o las malas noticias, pues cada uno de estos viajes era una aventura. Cuando Aarón acudió a esperar la llegada, solo con ver la mirada de Yago al bajar del barco comprendió que algo terrible había pasado.

En estas cosas pensaba cuando lo vio de lejos, en el embarcadero. Se sentía afortunado de tenerlo a su lado. Había sido como un hermano mayor para él. A pesar de su juventud ya estaba curtido en viajes: era el piloto de la nave, la mano derecha del capitán, su padre.

Habían trabajado duro los últimos meses poniendo su barco a punto. Ahora ya estaba todo preparado para la partida.

—¡Bienvenido! —le dijo Yago, mientras le apretaba las manos.

—¿Ya están todos? —contestó Aarón.

—Sí. Ya estamos todos. Listos para partir.

El veterano Gamal, el capitán, salía en ese momento. Se acercó a Aarón y lo estrechó entre sus brazos.

—Cuando te miro veo a tu padre, mi querido hermano, que tanto echo de menos —le dijo—. Estoy seguro de que estaría orgulloso de ti. Ya eres un hombre.

—Nada me hace más feliz que seguir sus pasos —contestó Aarón emocionado.

Agarró al joven de los hombros y, mirándolo a los ojos, le dijo:

—Siéntete en mi barco como en tu casa. Ahora todos somos una familia.

Gamal era un marino grande y fornido que llevaba toda su vida surcando el mar, y de todo habían visto ya sus ojos. Su barco no era de gran calado, pero sí era ligero con los remos y fuerte para soportar los envites de las olas. Su cometido, al igual que otros similares era de gran importancia pues se encargaban de la exploración de las playas a las que llegaban por primera vez. Estos barcos se situaban al frente. Con una vela cuadrada, fuertemente ligada a su mástil y con nueve remos a babor y otros tantos a estribor, que manejaban para impulsar el barco cuando no había viento o para ayudar en las maniobras a los grandes mercantes.

Al ver a Aarón, Licia, la hija de Gamal, se abrazó al su cuello de su compañero de juegos de la infancia, dando un salto de alegría. No podía ocultar su nerviosismo por el comienzo del viaje. Gamal la había recogido de niña y se había criado con él desde que murió su esposa. A sus pocos años, casi había pasado más tiempo en el mar que en tierra firme. Se movía por el barco como un marino más. Le gustaba trepar por el mástil y era ágil como un mono. Podía pasar horas en la cofa, mirando la costa, las nubes o las olas, quién sabe. También se subía por las noches. Tenía un especial sentido de la orientación mirando las estrellas. Se conocía las costelaciones como la palma de su mano, de tanto como las había observado.

Aarón se agarró a la borda y pudo sentir el fuerte olor a madera mojada, a brea y a salitre. Este barco sería su hogar durante los próximos meses.

Saludó a Tiflis, el timonel, a Joram, el guerrero, jefe de los guías, a Caleb y Nadine, una joven pareja de artesanos joyeros, embarcados para conocer mundo y al resto de la tripulación.

Con el brote de las primeras hojas de la higuera se señalaba la primavera, la estación de la navegación. Esa era la fecha que esperaban para emprender cada año la empresa. En esta ocasión partían cuarenta navíos.

Había grandes barcos mercantes panzudos, cargados de mercancías y enormes velas, que cogían gran velocidad en altamar. Algunos eran tan grandes que no llevaban remeros y tenían que maniobrar con dos timones en la popa y remolcados. Otros eran más pequeños, como el de Gamal, que se movían ágiles y ligeros. Junto a ellos, las naves de guerra, largas y estrechas, con un espolón que levantaba la proa en curva y que los hacía temibles, ya que ningún barco en esa época disponía de semejante ingenio. Aunque el espíritu de los cananeos era pacífico y les movía el interés por el

comercio y el conocimiento de nuevos mundos, en estos barcos viajaban guerreros bien pertrechados, que se encargaban de la custodia y defensa de la flota, si era necesario. El sacerdote, adivino del templo de Melkart, hacía sus oráculos consultando el vuelo de las aves. Por fin hizo la señal, levantando la antorcha, para comenzar la partida. Este era el momento que todos esperaban. Los dioses eran propicios y les habían obsequiado con la mejor de las brisas.

La gente que viajaba en esta expedición era variopinta. Además de las tripulaciones, los capitanes, marineros y remeros, viajaban también mercaderes, carpinteros de barcos, sacerdotisas, videntes y artesanos, hombres y mujeres. Todos iban expectantes y alegres, pensando en qué encontrarían al final de su viaje.

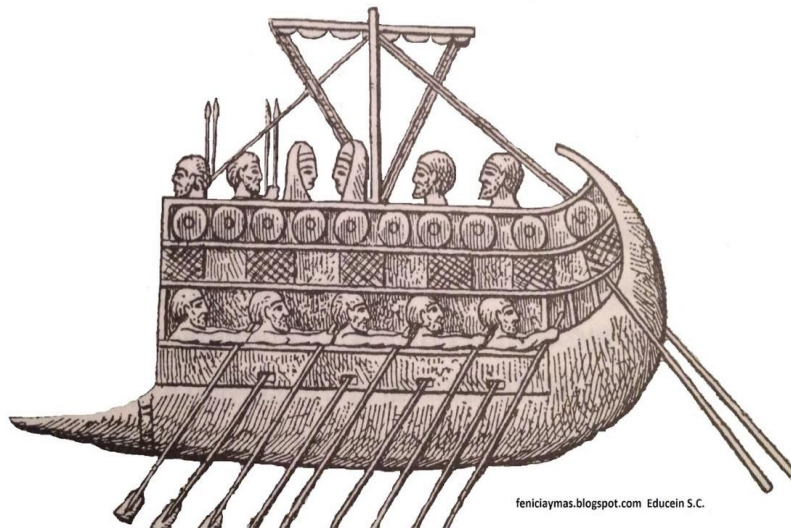
El viaje al poniente era arriesgado, pero también estaba lleno de recompensas. El comercio con los pueblos lejanos suponía mucho más que volver cargados de riquezas. Significaba el descubrimiento de nuevos mundos y nuevas culturas. Significaba descubrir lo que había oculto detrás del horizonte. Y también suponía una oportunidad para establecer un hogar en un nuevo territorio hospitalario en el que hubiera gentes amables.

En esta ocasión, Hadid el grande, el comandante de toda la flota, quería llegar más allá de los confines conocidos. Al final del poniente, donde el sol se oculta, donde se tiñe de extraños colores y a veces parece que se mancha de sangre, se decía que estaban las puertas del Hades, flanqueada por dos inmensas columnas de roca. Las leyendas contaban que ese era el lugar donde habitaban los más horrorosos monstruos y donde se encontraban los abismos más espantosos. Nadie se había atrevido a traspasar esa inmensa puerta y Hadid estaba decidido a hacerlo en esta ocasión. Ni Gamal ni los otros capitanes tenían miedo. Ya habían estado cerca en otras ocasiones. Cada vez que pensaban que detrás del horizonte estaba el fin del mundo, navegaban hacia allá y siempre aparecían nuevas costas y nuevos pobladores. Confiaban en el dios Melkart, protector de los viajes, que a menudo veían cabalgando a lomos de un caballo marino junto a ellos, pero, sobre todo, confiaban en su destino. Nada podía cambiar su destino y nada podía parar sus ansias por explorar lo desconocido.

Hadid, al ver desde su barco la antorcha encendida en el templo, la señal del sacerdote, dio la orden. En ese momento, en medio de un gran estruendo levaron lentamente las anclas y garraron los remos. Soltaron las amarras y derramaron vino

sobre el agua. Esta era la ceremonia, según la costumbre, para invocar la buena suerte. Poco a poco fueron saliendo todos los barcos a alta mar.

Esa mañana soplabla el viento de levante, tal como era de esperar. Ya retirados de la costa, desplegaron las velas y se deslizaron a rumbo de popa, dejando atrás las palmeras de Tiro. Con la última mirada, todos lloraban viendo a lo lejos su patria perdiéndose en el horizonte, preguntándose si volverían a verla.



*Ilustración 1. Barco Fenicio. Relieve de Asiria S. VIII a.C.*



## Capítulo II

### La amenaza

Hacía tiempo que se habían perdido ya de vista las costas de Canaán, y navegaban por alta mar, rompiendo las olas con la proa.

Aarón, miraba ensimismado la espuma y el movimiento de las velas, empujadas por el viento. Le gustaba aspirar el salobre del mar, sentir el aire frío en la cara y el calor del sol en la piel. Era una visión de colores y formas deslizándose sobre el mar, que embriagaba su espíritu.

De día se guiaban por el sol, sin perder la dirección del poniente y de noche por las estrellas. Tantos viajes habían hecho que, si el viento era favorable, eran capaces de mantener el rumbo incluso en la oscuridad, solo guiándose por la estrella que nunca se movía en el firmamento, en la costelación que ellos llamaron Osa Menor. En memoria de este descubrimiento, por lo valioso que fue para los navegantes de la época, los pueblos vecinos la llamaron también “Osa Fenicia”.

Al caer la tarde se sentaban en la cubierta para comer frutos secos, salazones y queso y bebían vino o infusiones de hierbas y miel. Unos tocaban música con flautas y castañuelas y otros se entretenían jugando a las tabas. Tiflis se mantenía firme, agarrado al timón, pero eso no le impedía cantar, acompañando el arpa de Adar, el poeta, que entonaba melodías y canciones de su tierra, Ugarit, que había aprendido de sus antepasados.

Caleb trabajaba sin descanso con su cincel las piezas de plata y Nadine engarzaba

broches con campanillas y collares de piedras de colores. La joven pareja de joyeros pasaba las horas juntos y, mientras realizaban sus filigranas, hacían planes para el futuro.

—¡Qué bonitos son! —dijo Licia, sentándose junto a Nadine.

—Este collar de cornalinas es del mismo color granate de tus mejillas—le dijo Nadine. Y, levantándole el pelo, se lo abrochó en el cuello.

—Es un regalo para ti —le dijo.

—¡Gracias, Nadine! ¡Es el collar más bonito que he visto en mi vida!

Licia solía sentarse junto a Nadine y la observaba, admirada por su destreza.

Y, mientras tanto, Yago observaba a Licia. Siempre la había visto como a una hermana, pero últimamente algo había cambiado. Se había convertido en una joven muy bella, con largos cabellos negros recogidos en una trenza que le llegaba hasta la cintura y ojos profundos de color de la miel. Yago sentía que su corazón se turbaba cuando pensaba en ella. Algún día se lo diría.

A Aarón le gustaba acercarse a Gamal, porque le contaba historias sobre sus viajes, sobre los mares y sobre su padre.

—Habían marchado en una expedición para explorar la costa en el Tirreno —le contó—. Nosotros esperábamos en alta mar, pero nos sorprendió la tormenta y tuvimos que recoger la flota, poniéndola a resguardo.

Aarón escuchaba atento las palabras de su tío.

—Hadid salió a buscarlos con dos barcos durante días —continuó—. Pero nada pudieron hacer. Encontraron los restos de sus naves entre unas rocas. Habían sido arrastrados contra unos escollos escondidos debajo de las aguas.

Así pasaban las horas antes de dormir en cubierta, cubiertos con sus capas, bajo la cúpula inmensa del firmamento. El marino que hacía la guardia encendía el fuego dentro del ánfora perforada que se amarraba a popa para alumbrar en la oscuridad y señalar la posición.

Llevaban ya varios días navegando cuando una tarde el viento se detuvo. El mar se había convertido en una balsa de aceite y hacía un gran bochorno. Siguieron unas horas a remo.

—No me gusta este silencio— decía Gamal mirando al vacío—. Con este silencio se pueden escuchar los lamentos de todos los seres que yacen en los abismos.

Tanta quietud ponía nerviosos a los marineros. No era buen augurio. Aquella noche no sonaron las flautas.

Marcharon durante varios días a la deriva, desviándose de su ruta. Aunque no soplaba viento alguno, la corriente era tan fuerte que, por mucho que remaban, hasta agotarse, los barcos llevaban un rumbo desconocido. Nunca habían recorrido esta parte del Egeo. Entonces, en el horizonte vieron tierra, aunque estaba fuera de su ruta.

En el mayor de los barcos viajaba Hadid, el comandante. Se reunieron aquí los capitanes y decidieron aprovechar la falta de viento para acercarse a la costa que podían divisar a lo lejos, fondear los barcos y reponer el agua potable. El horizonte lejano se apreciaba una gran vegetación, por lo que supusieron que habría agua dulce.

—Irán los exploradores y mirarán estas tierras —dijo Hadid—. Recogerán agua y mientras esperaremos aquí el momento en que podamos seguir con nuestro camino. Así lo dispusieron.

A la mañana siguiente, con las primeras luces del día, partieron dos barcos de exploradores y se acercaron a remo a la costa. No había señales de viento. La superficie del mar estaba tan calma, que diríase que fuera una balsa de aceite.

Aarón preparó su alforja con las pinturas, para tomar buena nota de todos los detalles de esta costa. Además de Joram, el jefe de exploradores y otros guerreros, marcharon a cumplir la misión Yago, hijo del capitán y piloto del barco, Nadine, con un cofre lleno de sus gemas para regalos a los habitantes y Licia, que llevaba siempre preparada su bolsa para recoger plantas aromáticas o medicinales para la hechicera Samila, tal como ella le había enseñado, para hacer infusiones y ungüentos.

—Este lugar debe estar deshabitado —dijo Yago, saltando a la playa.

—Buscaremos agua por donde la vegetación se ve más frondosa —contestó Joram —pero llevaremos bien dispuestas nuestras espadas. No me gustan los sitios tan despoblados.

En la orilla quedaron dos de los guerreros al cuidado de los barcos anclados a pocos metros y el resto partieron a recorrer la costa. La playa tenía una arena blanca y fina. A lo lejos había espesos matorrales, un campo de flores amarillas y más allá verdes pinos. Pero no se veía a nadie. Solo se distinguían entre los árboles unos caballos que pastaban tranquilamente.

Caminaron varias horas bajo un intenso sol, sin encontrar ni agua ni señales de

habitantes. A media mañana se sentaron bajo unos árboles buscando un poco de sombra, a descansar y comer alguna fruta. No soplaba una mota de aire y hacía un calor sofocante. Había una intensa calma, solo rota por el aleteo de insectos que revoloteaban alrededor de algún pescado podrido y que se pegaban a la piel, sin que, por mucho que se intentaran espantar, dejaran de ser pegajosos.

—Alguien se acerca— exclamó Nadine, al escuchar unos perros a lo lejos.

Joram y sus guerreros pusieron las manos en las empuñaduras de las espadas.

—Viene alguien. Se escuchan sus pasos— continuó Aarón.

Al momento aparecieron dos mujeres, una mayor y otra más joven, rodeadas de una jauría de perros que se les acercaron nerviosos, olisqueando todo y saltando a su alrededor sin dejar de mover el rabo.

—Tened buen día, forasteros — dijo la mayor de las mujeres.

—La paz sea con vosotras, hermanas— respondió Joram, el guerrero.

—¿Qué os trae por nuestras tierras? —preguntó la mujer, con una amable sonrisa.

—Somos mercaderes de la isla Tiro, en las tierras de Canaán. Venimos en busca de agua para llevar a nuestros barcos y proseguir con nuestro viaje a Poniente — contestó Yago.

—Ah. Sois fenicios. Vuestras telas y vuestras joyas son famosas y apreciadas. Nunca habíamos visto fenicios por estas tierras —contestó la mujer mayor. Y continuó— Con gusto os indicaremos dónde está nuestro manantial. Podréis coger cuánta agua necesitéis.

—Pero ¿qué tierras son estas, señora? Nuestros barcos han sido arrastrados hasta aquí por las corrientes y no conocemos esta parte del Egeo —preguntó Yago.

—Estáis en las tierras de Tracia —contestó la mujer joven.

—Somos las cuidadoras de los caballos del rey. Los recogemos cada tarde a la puesta del sol para llevarlos a las cuadras del palacio. Pero, amigos, —continuó la mujer mayor— nuestro rey es un buen anfitrión y estoy segura de que os recibirá con gentileza, por todos es conocido su buen trato con los visitantes, seguro que os ofrece descanso e incluso un baño para mostrar su hospitalidad. También estoy segura de que os permitirá tomar cuánta agua necesitéis.

—No podemos demorarnos, señora. Nuestros compañeros nos esperan en la

playa —dijo Aarón.

—Es voluntad del rey que le hagamos saber de la llegada de viajeros y que estos sean invitados a su palacio para que pueda conocerlos —reiteró.

Con tal insistencia no pudieron menos que aceptar la invitación. Se pusieron en camino acompañando a las mujeres que les guiaban en dirección al palacio real.

Iban rodeados por los perros que no paraban de correr y brincar a su alrededor y seguidos de cerca por los caballos. Aarón pensó que eran unos caballos sorprendentes. Parecían salvajes cuando, no hacía mucho, corrían libres por el campo y en cambio ahora, se comportaban mansamente, marchando detrás de las mujeres.

—Yago —preguntó Aarón a su primo —¿Por qué esta mujer nos ha llamado fenicios?

—Así es como nos llaman los griegos. Por el color de nuestras telas, tintadas color púrpura. Se han convertido en un símbolo de riqueza y solo visten nuestros paños reyes y príncipes. Por eso son tan valiosas.

—Entonces estamos en tierra de griegos —continuó Aarón.

—Nunca había estado en esta parte del Egeo. Podrás preguntar al rey y tomar buena nota para tus mapas —le contestó Yago con una sonrisa.

Pasaron unas dunas y recorrieron un camino lleno de arbustos. El sol había bajado ya del cenit y comenzaba a refrescar la tarde. Aarón sintió un olor que le recordó las tierras de Tiro.

—Es olor de sabina y de romero —le dijo Licia, acercándose a él. Porque Licia observaba, en secreto, cada gesto que hacía Aarón, cada palabra que decía y, tanto se fijaba en él, que casi adivinaba sus pensamientos.

Llegaron a un poblado de casas de adobe y en un alto vieron el palacio del rey, que destacaba sobre todas las demás construcciones, con hermosas columnas y muros pintados de colores. El rey, que ya había sido avisado de la visita, salió a recibirlos junto a la reina, a las puertas del palacio. Y es que la llegada a la playa de estos visitantes había sido advertida por los vigías que no habían dejado de vigilar desde lejos cada uno de sus movimientos.

—Descansad y tomad un baño. Esta noche organizaremos un banquete en vuestro honor —dijo el rey.

—Agradecemos tu amable invitación, rey Diómedes —le contestó Yago —pero

debemos regresar pronto, ya que nuestros barcos esperan en la playa nuestro regreso.

—Ningún forastero se marcha de nuestras tierras sin disfrutar la hospitalidad de su rey— contestó Diómedes contrariado.

—No dudes de nuestro agradecimiento por tu generosa hospitalidad —contestó Yago, temeroso de haber ofendido al rey—y acepta nuestros regalos, como muestra de agradecimiento.

Nadine y Licia, que estaban pendientes de cada una de las palabras de la conversación, sacaron un pequeño cofre de plata, con collares y broches que llamaron la atención de la reina. Con curiosidad se acercó a observarlo de cerca, revolviendo las piezas con sus manos, complacida.

—Veo que la fama de los fenicios es merecida —dijo la reina. —es un trabajo muy fino.

Recogió el cofre y, con un gesto de desdén se dio la vuelta y se marchó, dando la espalda a los invitados que se miraron perplejos, aunque sin poder disimular una sonrisa, pues la actitud de la reina les pareció, cuando menos, extravagante.

El palacio estaba ricamente adornado con pinturas de peces, músicos y bailarinas. Colgaban guirnaldas de las columnas y el suelo estaba cubierto de grandes alfombras bordadas con vivos colores.

Los hombres fueron atendidos por sirvientes, que los rodearon y los acompañaron a unas amplias dependencias en el piso superior donde les prepararon baños olorosos con flores en el agua. Los cananeos no estaban familiarizados con este tipo de cortesía y pensaron que este pueblo tenía extrañas costumbres.

Nadine y Licia fueron llevadas a otra habitación, con un gran balcón desde el que se podían contemplar los jardines del palacio. También ellas fueron obsequiadas con un baño perfumado.

—No voy a decir que no me gusten estos placeres, Licia —dijo Nadine, con un tono de ironía—. Es de agradecer el poder quitarse de la piel el salobre del mar, después de tantos días. Pero algo me dice que deberíamos haber regresado a los barcos antes de la noche.

—Tienes razón —contestó Licia. —Esta gente es muy rara. No podíamos decir que no a tanta insistencia del rey. Pero disfruta el baño —continuó—. No volverás a bañarte con agua dulce en mucho tiempo.

Licia salpicó el agua con flores y las dos se rieron.

Cuando estuvo todo preparado subió un viejo sirviente para avisarles de que en el gran salón les estaban esperando.

Joram buscó su espada, extrañado de no encontrarla donde la había dejado. Su misión era la protección de sus compañeros y ni a él ni al resto de los guerreros les gustaba despojarse de sus armas.

El sirviente, entendiendo los gestos de Joram, dijo:

—No os preocupéis por vuestras armas. No se considera cortesía en nuestro país asistir a los banquetes con espadas en los cintos. Ninguno de nosotros lleva armas cuando estamos en familia. Consideraos uno de los nuestros y disfrutad de los manjares que os hemos preparado por orden de nuestro rey Diómedes y, en la mañana, cuando partáis, os las devolveremos. Os acompañaremos —continuó— a recoger el agua para vuestros barcos y partiréis en paz, recordando a nuestro pueblo como un país de gentes de bien, donde podréis volver cuando queráis y seréis siempre bienvenidos, nobles fenicios.

Esas palabras no tranquilizaron a Joram, que, manteniéndose alerta, bajó al salón junto con sus compañeros a encontrarse con el rey y la reina y toda la corte de nobles, ataviados de ropajes vistosos.

El salón, rodeado de columnas y abierto al exterior daba al enorme jardín. Había un grupo de músicos que tocaban la flauta y el arpa animando la fiesta.

Las mujeres llevaban el pelo recogido en largas trenzas adornadas con perlas y rizos que les caían sobre la cara. Nadine miraba con admiración sus largos vestidos, muy ajustados en la cintura y llenos de volantes de colores. Se las imaginaba viajando en los barcos con esos ropajes y se reía para sus adentros.

—¡Vamos, amigos! —gritó el rey— ¡Comed y bebed! ¡Disfrutad del mejor asado que hayáis probado y del mejor vino!

El rey exhortaba a todos a divertirse, con los brazos extendidos y una copa en su mano derecha. Desde la mesa daba instrucciones al servicio para que no dejara de atender a los invitados.

Todos comieron y bebieron, dejándose llevar por la alegre música y el baile. Todos, menos Joram, que estaba inquieto. No le gustaba deshacerse de su espada, aunque hubiera sido en señal de cortesía. No quitaba ojo del rey y de la guardia que

estaba apostada, inalterable, junto a las puertas.

—¿No comes, querido Joram? —le dijo Nadine —¿Es que no tienes hambre?  
¿No quieres probar este vino delicioso?

Joram le contestó con una leve sonrisa. Era un hombre de pocas palabras.

—Gracias Nadine —le contestó con amabilidad, pero sin dejar de observar los movimientos de cuantos les acompañaban.

Jóvenes ataviadas con finos velos daban vueltas en un baile frenético, haciendo sonar los cascabeles de los pies y malabaristas jugaban con barras de fuego, dejando maravillados a los asistentes.

Licia estaba asombrada las piruetas que hacían, ya que parecía que, además de cascabeles, tuviesen alas en los tobillos. Entonces, sin que ella se lo esperara, una de las bailarinas la agarró de la mano y la hizo danzar entre todas las demás, dando vueltas y más vueltas, alrededor de la pista.

Joram y Aarón se levantaron de la mesa, observándola con preocupación, a punto de correr a recogerla. Pero ella, aunque tambaleándose, logró volver a la mesa y se sentó junto a Aarón.

—No me encuentro bien —le dijo, agarrando su mano—. Quizás he bebido demasiado, o el calor de este día no me ha hecho bien.

—Te acompañaré a tomar la brisa de la noche— le dijo Aarón.

Él también necesitaba un poco de aire fresco. No había querido decir nada para no preocupar a sus compañeros, pero hacía ya un rato que estaba sintiendo un fuerte dolor de cabeza.

Yago observó salir a la pareja y sintió una doble preocupación. Por un lado, se sintió intranquilo porque Licia había estado a punto de caer al suelo y la vio pálida y a punto de desvanecerse, y por otro, porque salía agarrada de la mano de Aarón, que la atendía amablemente y sintió celos. Lamentó no haber sido él quien la acompañara. Quizás hubiera sido una buena oportunidad para estar a solas con ella. Desde que habían empezado este viaje sentía la necesidad de hablarle de sus sentimientos y no soportaba la idea de que pudiera ser demasiado tarde.

Salieron los dos jóvenes al jardín y pasearon a la luz de la luna, hasta llegar a las caballerizas. Hacía una noche fresca. Se escuchaban grillos escondidos entre los matorrales y a lo lejos, el bullicio de la fiesta.



Licia caminaba apoyada en el brazo de Aarón, que la miró preocupado. Vio que su rostro tostado por el sol palidecía por momentos. Los dos se apoyaron juntos en la pared y se mantuvieron unos minutos en silencio, solo esperando que, en poco, se encontrarían mejor.

—¡Por todos los dioses! —exclamó de repente Aarón—¿Qué es esto?

Algo había visto por la ventana de las caballerizas que le hizo gritar espantado.

Licia, desconcertada, recuperó fuerzas y se asomó también, pudiendo ver a cuatro de las yeguas del rey, atadas con cadenas, que parecían comer con una extraña avidez impropia de estos animales. Se quedó horrorizada cuando ante sus ojos vio claramente la escena.

—¿Qué hacen estos caballos? —exclamó—¿Qué es lo que comen?

—¿Es cierto lo que veo? —se preguntó Aarón.

—¡Es carne humana! —gritó Licia, al fijarse en los jirones de carne ensangrentada que había por todo el suelo, que mostraban claramente su macabra naturaleza.

—¡Pero no es posible! Esto no me gusta. ¡Corremos peligro aquí! —exclamó Aarón— ¡Tenemos que volver! ¡Hay que salir rápido de este extraño lugar!

—¡Qué animales son éstos, que parecen fieras como leones! —dijo Licia, mientras comenzaba a correr. Y continuó:

—Es posible que nos hayan puesto algún veneno en la bebida, Aarón. Los dos nos hemos encontrado mal y yo sigo mareada, a pesar de la brisa y de nuestro paseo.

Volvieron a toda velocidad hacia el lugar del banquete, preocupados porque, por un momento parecía haber cesado la música.

Y fue entonces cuando, escondidos detrás de un muro pudieron ver cómo Joram luchaba a golpes contra seis o siete miembros de la guardia, que lo tenían rodeado, mientras sus amigos yacían tumbados sobre la mesa o en el suelo.

—¡Lo quiero vivo! —gritaba el rey—. ¡Para nada me sirve un cadáver!

—¡Tenemos que ayudarles! —exclamó Aarón.

En ese momento Licia, aferrándose de su brazo, no pudo mantenerse más en pie y se desplomó lentamente, sin que él, que intentó sujetarla, pudiera hacer nada por evitar que se le escurriera entre las manos. Aarón sintió que también él perdía sus fuerzas. Todo le daba vueltas y comenzó a notar que se le nublaba la vista.



## Capítulo III

### El encuentro

*“A continuación, emprendió el trabajo de traer las yeguas de Diómedes, el tracio. Tenían comederos de bronce a causa de su ferocidad y estaban atadas con cadenas de hierros a causa de su fuerza; como alimento no tomaban lo que producía la tierra, sino los miembros de los extranjeros que ellas mismas despedazaban, con lo que tenían como alimento la desgracia de los pobres”.*  
(Biblioteca Histórica. Diodoro de Sicilia. Libro IV- 15, 3- 4)

Mientras tanto, en la playa, los guerreros que habían quedado a la espera se impacientaban. Al no regresar sus compañeros durante la noche, pensaron que ya era demasiado tiempo y temieron por ellos.

—Vamos a descansar mientras sea de noche. Ahora es imposible seguir sus pasos. En cuanto comience a clarear el día, dejaremos los barcos bien anclados y saldremos en su búsqueda.

Así lo intentaron, aunque lo cierto es que la preocupación apenas los dejó dormir.

Antes del amanecer, cuando apenas podían verse los contornos de los árboles a lo lejos, ya estaban preparados para partir. Comenzaban su marcha cuando vieron unas siluetas en el horizonte, acercándose a paso firme por la orilla. Uno de ellos era un hombre fornido, de gran altura, poderosos músculos y largos cabellos. Era un extraño personaje que llevaba una piel de león que le cubría la cabeza y los hombros y en la mano portaba una enorme maza. Le acompañaba un joven de aspecto amable que, aunque era de buena estatura, al gigante apenas le llegaba por la cintura.

—Buen día tengáis, amigos— dijo el hombre —¿Qué os trae por estas peligrosas tierras?

—Buen día— contestó uno de los guerreros—. Somos mercaderes de Tiro. Hemos venido a recoger agua para nuestros barcos, que esperan por nosotros en alta mar, allá a lo lejos.

—Nada sabemos del peligro de estas tierras. —continuó el otro—. Estamos reocupados a causa de nuestros compañeros, que partieron ayer, tierra adentro, mientras nosotros quedamos aquí junto a los barcos, a la espera de su regreso. Aún no han vuelto y justo ahora nos disponíamos a ir en su busca.

—Mi nombre es Heracles, hijo del dios Zeus y de la reina Almena— dijo el hombre—. Y esta es la tierra de la tribu guerrera de los bistones, un pueblo salvaje y cruel.

—Nos alegra encontrarte, noble Heracles —contestó el cananeo—. De sobras nos son conocidas tus hazañas y lo generoso que has sido siempre con nuestro pueblo —continuó—. Desconocemos estas tierras, pues nunca habíamos estado aquí, y nada sabíamos de esta tribu de bistones. Nuestras naves han vagado a la deriva durante días sin viento, empujados por fuertes corrientes que nos han traído hasta esta ensenada.

—Hemos venido en vuestra ayuda, fenicios. Supimos que vuestros barcos andaban perdidos y, al ver que os acercábais a esta costa, en la que os acechan graves desgracias, hemos caminado durante toda la noche. Esperamos haber llegado a tiempo. Me acompaña Abdero, mi joven y fiel amigo —todo esto les explicó Heracles, señalando a su compañero, que les saludó con una sonrisa.

Abdero continuó:

—El rey Diómedes posee cuatro yeguas feroces, a las que alimenta con carne humana. Para ello engaña a los viajeros que llegan hasta aquí. Vuestros compañeros corren un grave peligro.

Y Heracles les dijo:

—Soy Heracles y me llaman héroe, porque mi fuerza, concedida por los dioses, la ofrezco para el bien y la justicia, y para ayudaros a vosotros, los mortales. Así cumplo mi destino y expío mi conciencia. Obedezco el oráculo de la sacerdotisa de Delfos, que me ha encomendado el trabajo de acabar con la crueldad de Diómedes y librar a los viajeros de esta maldición. Iremos con vosotros y salvaremos a vuestros compañeros de una muerte segura.

—Pues no perdamos más el tiempo y vamos en búsqueda de ese rey, noble

Heracles. Somos marinos y guerreros, y nuestras espadas estarán a tu lado para acabar con este mal. Tenemos que impedir la desgracia que nos dices.

Y así fue como los dos guerreros partieron a toda prisa, acompañados por Heracles y por Abdero, hacia el pueblo de los bistones, con la esperanza de salvar a los exploradores de los peligrosos habitantes de estas tierras.

Mientras tanto, Aarón y sus compañeros habían sido encerrados en un habitáculo oscuro, diríase que un establo, pues estaba invadido por las moscas, con el suelo de paja y barro, y con un desagradable olor a heces. Solo percibían algo de luz que entraba por las rendijas de las maderas de la puerta. Comenzaban a despertar, comprobando que estaban atados con unos grilletes a una larga cadena enganchada de la pared, sin saber dónde se encontraban, ni el tiempo que llevaban allí.

Joram el guerrero, fue el primero en incorporarse. Se llevó las manos a la cabeza. Debía haberse llevado un fuerte golpe porque tenía abundante sangre. Pero su preocupación fue mayor cuando vio a sus compañeros. Pensó que sería de día, por la luz que entraba por la puerta, aunque tenía perdida la noción del tiempo.

—¡Aarón, despierta! —exclamó, agarrándolo del brazo y agitándolo— vamos, despierta, que tenemos que salir de aquí.

El joven se puso en pie y entre ambos fueron despertando a los demás.

Cuando ya estaban todos incorporados, Aarón les explicó lo que habían visto la noche anterior. Les contó cómo, cuando salió por la noche acompañando a Licia, se acercaron a las cuadras y allí vieron las extrañas yeguas que comían cuerpos despedazados. Y les contó cómo cayeron ellos también en un sueño profundo mientras los observaban desde detrás de un muro, sin tener la oportunidad de poder hacer nada para ayudarlos.

—Nos han puesto un veneno —dijo Nadine — No quiero ni pensar en los planes que pueden tener para nosotros.

—Tienes sangre en la cabeza, Joram —le dijo Licia —. Déjame ver. Estás herido.

—No es nada —contestó el guerrero —. Tenemos que soltarnos y salir de aquí.

Cuando recuperaron las fuerzas fueron conscientes de lo negro de sus destinos, al verse atados con las cadenas.

Es por eso que se pusieron en pie de un salto, alertados por un tumulto y gritos

en el exterior, que no acertaban a comprender. Se temían lo peor.

—¡Vienen a por nosotros! —gritó Licia.

Buscaron algo con lo que poder forzar las cadenas, pero apenas podían ver, a pesar de que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad.

De repente, escucharon voces que les resultaron familiares. Alguien gritaba sus nombres. Parecía que se libraba una batalla en el exterior, diríase que con un ejército.

—¡Son nuestros compañeros! —dijo Yago—. ¡Pero parece que fuera hay una multitud!

—¡Estamos aquí! —gritaron con todas sus fuerzas.

En unos instantes sintieron un fuerte golpe que retumbó en toda la estancia y vieron cómo la puerta se rompía en mil pedazos con el impacto de una enorme maza manejada por un musculoso desconocido.

—¡Vamos, salid de ahí! —gritó Heracles.

—¡Estamos encadenados! —exclamó Aarón.

Entonces, con la velocidad de un rayo, el forzudo asestó terribles golpes con su garrote que no solo soltaron la cadena, sino que hicieron que se derrumbara una buena parte del muro.

Abdero se acercó y les ayudó a tirar de la cadena, hasta soltarse.

—¡Vamos, rápido, venimos a salvaros! —les gritó.

Agarró a Licia de la mano y, sin dejar de luchar con su espada, el valiente joven les conminó a salir.

—¡Por aquí! —les dijo—. ¡Tenemos que alejarnos de estas cuadras!

Mientras, Heracles, el héroe, repartía golpes a su alrededor, llevándose por delante a cuatro o cinco de los guardias del rey a cada impulso, estrellándolos medio inconscientes a varios metros de distancia. Golpeaba con su espada en una mano y la maza en la otra, a izquierda y derecha.

Joram, el guerrero, se hizo con una lanza de uno de los guardias caídos en el suelo y, con movimientos ágiles, luchaba con ella manejándola con maestría. Los demás, hicieron lo mismo, buscando la manera de, una vez liberados, correr hacia los barcos que esperaban en la playa.

Heracles vio entonces a Diómedes que se dirigía a las cuadras y corrió tras de él. Adivinó sus intenciones y trató de evitarlo a toda costa. Sabía que intentaría liberar a

las yeguas, que podían causar estragos por su fiereza. En el momento que soltaba las cadenas le asestó un terrible golpe con la maza, pero Diómedes logró resguardarse detrás de un muro, que saltó en pedazos. Entonces corrió despavorido, intentando zafarse del gigante. Heracles que lo perseguía a corta distancia, blandió su espada y escuchándose un silbido, se vio la cabeza del malvado rey saltar por los aires para después rodar en el suelo, hasta quedar detenida y medio hundida en charco de barro. Había acabado con él para siempre.

En ese momento los bistonos, viendo a su rey en el suelo, dejaron de pelear y se refugiaron en sus casas.

Por unos instantes pareció que toda la pesadilla había terminado, pero no fue así porque las yeguas habían conseguido soltarse y salieron espantadas, saltando y relinchando con ferocidad.

Ante la mirada horrorizada de todos, las fieras se precipitaron sobre Abdero, que protegió con su cuerpo a Licia, salvándole la vida. Las yeguas le golpearon con sus patas delanteras, coceándolo y pisoteándolo en el suelo.

Aunque todos habían acudido en su ayuda, enfrentándose a las bestias, nada pudieron hacer por él.

Heracles, al ver la escena, corrió agitando su maza. Un grito de fiereza, pero también de dolor, salió de su garganta, al ver el triste final de su querido amigo.

Agarró las yeguas con fuerza de las crines y las dejó bien atadas con las cadenas. De buenas ganas habría acabado también con ellas, pero debía llevarlas al monte Olimpo, tal como la sacerdotisa de Delfos le había encomendado. Diríase que, al zarandearlas con sus enormes manos, más que salvajes caballos, parecían dóciles corderos asustados.

El gigante tomó a Abdero en sus brazos y lo apretó contra él, desesperado de dolor. Cargando con el cuerpo del joven se dirigió lentamente hacia la playa, seguido de los cananeos. Mientras andaban el camino, ninguno de ellos podía evitar las lágrimas.

Colocó con delicadeza a su amigo sobre la arena y entre todos se dispusieron a darle sepultura, junto al mar. Heracles le colocó una moneda en la boca, como era la costumbre, y le cubrió con un paño. A todos le embargaba la tristeza, pensado en la nobleza del joven fallecido y en su corta vida.

Después de la triste ceremonia de despedida, los fenicios llenaron sus ánforas de agua, en el lugar que les había indicado Heracles. Llenaron más de cien. Las cargaron en los barcos y partieron al encuentro de la flota. Y allí dejaron al valiente hijo de Zeus y de la reina Almena, el héroe que tanto había hecho por ellos, solo, de rodillas en la arena, junto a la tumba de su amigo.

Se cuenta que esta historia es real y que, en memoria de Abdero, Heracles, hijo de Zeus y de la reina mortal Almena, fundó en este lugar la bella ciudad de Abdera, cuyas ruinas se pueden visitar aún en nuestros días, en las costas de Tracia, que es región de Grecia.

La expedición, ya de regreso se encontró con el resto de los barcos y distribuyeron las ánforas con el agua. Nada podían imaginar sus compañeros sobre los hechos acaecidos en este lugar. Les habían esperado impacientes, pues esa misma mañana se levantó de nuevo una suave brisa que sin duda se convertiría a lo largo del día en un viento suficiente para mover los barcos y continuar con su viaje.

Por la tarde, mientras descansaban en cubierta, comieron sus quesos y sus frutos secos y bebieron de su vino, que les supo más delicioso que nunca.

Aarón anotó en sus pergaminos todos los lugares que había visto, los pinos, el manantial y el nombre de Tracia y de sus pobladores, los bistonos.

Caleb abrazó a Nadine, su esposa y le dijo que la había echado de menos.

Y tuvieron muchas historias que contar esa noche, de todos los lugares que habían visto, de los peligros que habían pasado y de los personajes que habían conocido, hasta que fueron cayendo rendidos por el cansancio.



*Ilustración 2. Moneda fenicia. Anverso, Melkart cabalgando en un Hipocampo y Reverso, lechuza portando la vara y el mayal, símbolos de la realeza egipcia. S. X-VIII a.C.*



## Capítulo IV

### El padre y la tormenta

Nada más que merezca ser relatado sucedió durante el transcurso de la travesía en los siguientes días. Recuperaron su rumbo por lugares ya conocidos, alejándose de la Tracia y finalmente dejaron el Mar Egeo para continuar su ruta hasta el poniente. Pasaron entre muchas islas, unas conocidas, otras no.

Aarón tomaba nota de todo lo que veía. Permanecía horas subido en la cofa del barco con sus papiros, cuando pasaban cerca de la costa. Dibujaba las montañas, los ríos, los extremos sobresalientes, las islas y los litorales de arena o de rocas. Todo lo describía minuciosamente.

Fue comprendiendo poco a poco lo difícil de su cometido. Se dio cuenta de que su trabajo tendría que realizarse viaje tras viaje, año tras año, a lo largo de toda su vida. Y lo tendrían que continuar sus hijos, igual que él continuaba el trabajo hecho por su padre, aunque en este caso, la mayor parte de los valiosos mapas se habían perdido con su muerte. Solo conservaba algunos apuntes en su casa de Tiro, que ahora estaba ansioso por releer algún día.

A veces Licia subía con él, para mirar como hacía sus anotaciones. Se interesaba por la fabricación de las tintas de diferentes colores y aprendió a elaborarlas, consiguiendo la textura perfecta.

—¿Tú crees que yo podría dibujar en uno de los papiros el mapa del firmamento nocturno, con las estrellas, y con los caminos que nos señalan la dirección también por la noche, cuando no hay luna? —le preguntó un día.

—Claro que podrías. Sería de una gran ayuda.

—Creo que sí —contestó Licia—. Conocemos el camino que nos guían las

estrellas porque nos contamos esos secretos los unos a los otros, pero no está escrito, como tu escribes tus planos.

—Pienso que podrías hacer unos mapas maravillosos, porque nadie como tú observa las estrellas y conoce su significado —le dijo Aarón.

Y desde entonces Licia se dedicó con empeño a dibujar las costelaciones y las estrellas más visibles del firmamento. Dibujó, además, las imágenes que se veían reflejadas en sus misteriosas agrupaciones, según la época del año y que ella tan bien conocía. Anotó junto a cada una de ellas su significado. Unas se parecían a un toro, otras a dos gemelos, otras a un cangrejo y otras a un león. También había estrellas agrupadas de tal manera que al observarlas parecían un dragón con una larga cola que recorría todo el firmamento o un cisne con las alas desplegadas. Todo eso dibujaba. Y la estrella más importante de todas, aunque no la más grande. Porque había una estrella que nunca se movía de su sitio y dejaba a todas las demás girar a su alrededor. Era la estrella que marcaba siempre el norte.

Los historiadores nos han contado que los mapas estelares que se hicieron en estos viajes sirvieron de orientación a muchos pueblos de la época. Griegos, egipcios y otros viajeros de aquellos tiempos los utilizaron en sus viajes por mar y también por tierra. Los primeros fueron tomados de modelo para otros mapas posteriores, aunque, lo cierto es que, a día de hoy, casi todos estos papiros han desaparecido.

Yago, el piloto, conducía la nave junto a su padre Gamal, con un mismo corazón.

Dirigía con sabiduría las maniobras y marcaba el ritmo de los remeros y el izado o la recogida de la vela. Daba las instrucciones precisas para cumplir las órdenes del capitán y Gamal confiaba en él.

Yago, Gamal y Tiflis se entendían con solo mirarse. En algunas ocasiones el barco casi marchaba solo, con el impulso del viento y el agarre firme del timón, pero otras veces, los tres debían estar perfectamente compenetrados, para asegurar los movimientos exactos que debía ejecutar la nave, entre el empuje de la vela y la fuerza y el ritmo de los remeros.

Por eso Tiflis, sentado durante horas junto al timón, observaba la tristeza de Yago y había comprendido el asunto que le atormentaba, porque lo conocía bien. Y es que Yago, aunque trataba de no exteriorizar sus sentimientos, no podía evitar que su corazón se encendiera de odio cuando veía juntos a Aarón y a Licia y observaba cómo

se entendían entre ellos. La tristeza de los primeros días se fue convirtiendo en rabia y rencor, a causa de los celos.

En una ocasión, estando sentado Yago cerca de él, Tiflis colocó su mano sobre el brazo de este y le dijo:

—No envenenes tu corazón, hermano. Nada hay que pueda detener la fuerza del destino.

Yago no quiso escuchar los consejos de su amigo. Lo miró por unos instantes, sin llegar a decir palabra, se levantó y se fue.

Cuando Gamal relataba sus historias, durante las noches, todos se sentaban a escucharle. Contaba las experiencias que habían tenido en las tierras que iban dejando a su paso, a un lado y otro de las embarcaciones.

—Esta isla es muy pequeña. No habita nadie allí. En esta otra se han establecido unas familias cananeas de nuestra vecina tierra de Sidón, que viven prósperamente del cultivo de la vid y los olivos.

Y conocía todas las leyendas que se contaban de sus habitantes.

—En esta isla habitó el viejo rey Minos. Fue este un rey inhumano, un cruel tirano que había tenido un hijo monstruoso por un amor ilícito. Mandó a su arquitecto, llamado Dédalo, a construir un laberinto en el que lo encerró sin piedad, para no verlo jamás —y continuó—. Todavía se encuentra aquí ese laberinto. Pero la prudencia nos dice que, si visitamos esta isla, no debemos entrar en él porque puede ser que no salgamos jamás.

Nunca olvidaría Aarón aquella noche oscura, sin luna, llena de negros nubarrones. Fue esa la noche en la que pensó que sus días habían llegado a su fin.

El día anterior, todos los animales que llevaban en las bodegas habían estado agitados, nerviosos, saltando de un lado para otro dentro de sus jaulas. También las gaviotas, que se acercaban desde la costa y que siempre rodeaban los barcos, habían desaparecido. Esa señal ya era bien conocida por los veteranos y presentían lo que se avecinaba. En el ambiente se sentía una extraña mezcla de frío y de calor y el mar, de color plata brillante, contrastaba en la lejanía con el negro pesado del cielo.

La mañana había sido soleada, pero al caer la tarde se anunció el temporal.

No sería larga, como eran las del invierno, pero pondría a prueba la destreza de los navegantes.

—¡Todos preparados! —ordenó Gamal—. Será esta noche.

Yago mandó recoger las velas y ajustarlas fuertemente con sus correaes.

—Asegurad las mercancías —ordenó—. Nada debe quedar a merced de las olas, cuando entren dentro de la nave.

Además de la mercancía, ellos mismos debían estar bien sujetos, incluidos los remeros y el timonel, que se amarraban firmemente a sus bancos. Nadie podía caer al mar. De sobras conocían al Leviatán, la serpiente monstruosa que devora a los hombres y que habita bajo las profundidades. Si alguien caía al agua estaba perdido.

Solo Yago se mantenía en pie, junto al timón, para dirigir desde la popa los movimientos de los remeros.

El viento se fue levantando, cada vez más frío, y las olas eran ya tan altas que parecían muros que sobrepasaban la altura del barco.

—¡Capearemos el temporal con el barco avante y el costado de la proa al mar! —gritaba Gamal— ¡Coged las olas de cara al viento!

Y Yago marcaba con energía el ritmo de los remeros.

—¡Adelante! ¡Atrás! ¡Adelante! ¡Atrás!

Había que agarrar las pértigas de los remos, como solo ellos sabían hacerlo, manteniendo el barco ligado al mar. Y en timonel tenía que manejar con firmeza el timón.

El viento zarandeó los todos los barcos de la flota durante horas, grandes y pequeños, de tal manera que parecían indefensos a merced de la tormenta.

—¡Adelante! ¡Atrás! ¡Adelante! ¡Atrás! —gritaba Yago sin descanso.

Aunque a veces parecía que habían sido tragados por una ola gigantesca, salían de nuevo a la superficie y mantenían su rumbo. Y así, una tras otra, a cuál más alta.

Durante toda la noche pudieron sentir todos ellos a Baal, el dios de la lluvia y el trueno, cómo lanzaba sus rayos de fuego desde su morada y los hacía estrellarse más allá del horizonte iluminando todo el firmamento, para poco después sentir su furia con un estruendo que les hacía estremecerse en lo más profundo de sus entrañas.

Fue entonces cuando Aarón pensó que su vida había acabado porque vio el rostro familiar de su padre frente a él y pensó que venía a recoger su alma emergiendo desde el fondo del mar. Estaba de pie, sin turbarse por los azotes de la tormenta. Le hablaba, gesticulaba, pero él no podía entenderle.

—¡Dime padre! —exclamó Aarón.

Pero no conseguía entenderle.

—¡Dime!

Veía mover sus labios y hacerle señales, pero por más que lo intentaba no podía oír sus palabras ni entender lo que intentaba decir. Y fue en ese momento cuando decidió soltar sus amarras para acercarse a él.

De repente, la botavara recibió un golpe de viento y barrió la cubierta, golpeando fuertemente a varios de sus ocupantes. Con el impacto, Aarón fue arrancado de su banco y salió despedido por la borda.

Yago, al verle caer, se arrojó al mar tras él sin pensarlo. En el mismo momento en que caía, antes de que se hundiera para siempre, pudo agarrarlo de los cabellos, pero ambos desaparecieron debajo de la superficie.

Gamal y Joram corrieron en su auxilio. Aferrados a la baranda del barco y soportando el coraje de las olas lanzaron una cuerda al mar. Un intento desesperado, ya que los vaivenes del barco y la oscuridad de la noche hacían prácticamente imposible el salvamento. Pero Yago pudo salir a flote y agarrarse a los remos, manteniendo fuertemente asido a Aarón, que parecía desvanecido. Luego amarró con gran esfuerzo los dos cuerpos con la cuerda y, entre Gamal, Joram y un buen grupo que también habían acudido en su ayuda, lograron sacarlos a los dos del agua.

El viento fue amainando y las olas fueron perdiendo su fiereza. Los marineros colocaron de nuevo la botavara y la fijaron con sus amarras, recuperando el barco poco a poco su estabilidad.

Cuando Aarón despertó ya había pasado la tormenta. Se encontraba en los brazos de Licia y pudo ver cómo todos se alegraban al verlo revivir. Incorporándose ante la vista de todos, devolvió al mar por la borda toda el agua que había tragado y por momentos ya fue sintiéndose mejor.

—Te has librado de una buena —le dijo Gamal.

—Yago te ha salvado la vida —le explicó Licia—. Se arrojó al mar detrás de ti como una flecha y consiguió sacarte del fondo.

—Os dábamos a los dos por perdidos —dijo Nadine.

—Y has tenido suerte de que el golpe que has recibido no te haya mandado al otro mundo —añadió Tiflis—. Tienes una cabeza bien dura.

Aarón escuchaba lo que le decían, pero todavía no sabía muy bien qué había pasado, ni siquiera dónde se encontraba. Se fue recuperando con las atenciones de Licia sin olvidar el encuentro que había tenido esa noche, sin saber si había sido real o solo un sueño.

Mientras tanto, Yago recobraba el aliento sentado en la cubierta. Recibió de su tripulación palabras de reconocimiento y admiración que él aceptó como si, realmente, lo que había hecho no hubiera tenido importancia. Yago tenía un fuerte sentido del deber. De esa manera se iba ganando la admiración de todos porque demostraba, con estos actos, que era capaz de dar su vida por su gente y porque tenía una fuerza y una voluntad que a todos dejaba maravillados.

Las aguas se habían calmado y la noche había dado paso a una espléndida mañana. Aunque aún chispeaba, la tormenta había quedado atrás y entre las nubes asomaban los rayos del sol, alegrándolos a todos.

Había sido una dura tormenta, pero la pericia de estos marinos y el sabio gobierno de los capitanes había mantenido todas las naves a flote.

Fue entonces cuando pudieron ver a la diosa Iris, allá a lo lejos, entre las nubes, con su largo velo transparente decorado con todos los colores del mundo, que se desplazaba de lado a lado entre las gotas de la lluvia que caían iluminadas por el sol, como un gigantesco arco mágico.

Esta visión llenó a todos de paz porque conocían el significado de su presencia ya que habían recibido su visita en tantas ocasiones. El peligro había pasado. Sentían que con este nuevo día habían vuelto a la vida. Y dieron gracias a sus dioses porque habían tenido piedad de ellos y los habían llenado de bendiciones, poniéndolos a salvo y de nuevo en camino. Y es que, a pesar de su turbación por la furia del mar y la violencia del viento, se sentían acompañados, sabían que eran benevolentes y así daban luego testimonio de ellos cuando contaban sus aventuras.

A media mañana, tanto calentaba de nuevo el sol que ya andaban todos secos en cubierta y cada uno seguía afanado en poner de nuevo todo en orden.

Hasta los animales que llevaban en la bodega, al notar el calor del sol parecían contentos y tranquilos de haber sobrevivido.

Aarón, ya recuperado, se acercó a Yago.

—Gracias, Yago, hermano — le dijo agarrando su mano. —Te debo la vida.

Yago no le contestó. No pudo evitar mostrar su frialdad. Sentía devoradas sus entrañas. Aarón, ajeno a estos sentimientos, no supo darse cuenta. Pero advirtió que algo oscuro rondaba por la cabeza de su primo.

El barco de Gamal no era el único que había resultado afectado. El daño no fue más que la rotura de las amarras de la botavara. El agua que había entrado en el fondo, que lograron sacar con poco esfuerzo no había perjudicado las mercancías ni a los animales. De recuerdo de la noche anterior solo quedaba el olor en el interior de la madera empapada.

Tampoco los otros barcos habían sufrido daños de importancia, pero era necesario conocer el estado de cada uno de ellos. Con objeto de valorar las pérdidas, organizar las reparaciones y hacer los planes para la próxima escala, todos los capitanes fueron de nuevo convocados por el general Hadid.

—Aarón, ven con nosotros —le dijo Gamal—. Hadid quiere conocerte, para demostrarte su afecto y para interesarse por tu trabajo.

Aarón se alegró por fin de conocer personalmente al general. Sabía que él y su padre habían sido grandes amigos. Ya le habían contado la historia de cuando los barcos se perdieron en la tormenta y él arriesgó su vida para ir a buscarlos. Nada pudo hacer y sufrió tanto por la pérdida de sus compañeros que todos pudieron observar su tristeza.

Hasta ahora únicamente lo había visto de lejos, o se había cruzado con él por unos segundos y, aunque este siempre le había saludado amablemente, nunca habían intercambiado una palabra. Sentía por él una gran admiración.

En la cubierta del barco de Hadid, el mayor de los mercantes, se iban encontrando los capitanes, hombres y mujeres, que, según llegaban, saltando las pasarelas que colocaban entre barco y barco, se saludaban unos a otros con un fuerte apretón de manos. Todos comentaban los avatares de la tormenta de la noche anterior.

Hadid se acercó a Aarón y lo abrazó.

—Me alegro de tenerte entre nosotros, joven Aarón, al igual que lo estuvo tu padre, mi querido hermano Román —le dijo—. Fue uno de mis mejores capitanes y lamenté mucho su pérdida.

—Gracias, general —contestó Aarón.

—Ya sé que, como él, dibujas los mapas de nuestros recorridos, según sus

enseñanzas.

—Si, general. Espero ser digno de su memoria.

—Creo que haces un trabajo minucioso. Y tendrás que enseñarme un día tus dibujos.

—Cuando lo dispongas traeré mis papiros, general —le contestó.

—Quiero que compartas conmigo tus avances y vengas a verme cuando necesites mi apoyo.

Aarón agradeció el ofrecimiento y se sentó junto a los demás.

Por fortuna no se había perdido ninguna de las naves, aunque sí había que reparar mástiles, velas y correaes.

—Los barcos han soportado muy bien el envite de las olas —dijo Baruk, el jefe de carpinteros—. Las mejoras en la quilla que hemos incorporado para esta expedición los ha hecho muy estables. Los cascos podrán esperar a llegar al próximo puerto y entonces les daremos otra capa de brea. Aunque sí tenemos que arreglar velas, correas y poleas.

—Pero el daño es poco —continuó Sara—. Las velas que se han rasgado ya están parcheadas, ya que hemos trabajado con rapidez. Si alguno de los barcos queda rezagado nosotros nos quedaremos hasta que hayamos acabado las reparaciones y entonces partiremos para alcanzarlos.

Sara era maestra en el montaje de los aparejos y el ajuste de las velas. Baruk y ella trabajaban juntos y no había quien entendiera los barcos, su construcción y cada una de sus piezas mejor que ellos. Pensaban continuamente en cómo podían mejorarlos y sus trabajos eran luego copiados por los constructores de barcos en otros pueblos marineros de su época.

El resto del encuentro continuaron hablando de los detalles de las reparaciones, de la tormenta y también sobre sus planes para el futuro del viaje, las mercancías que habrían de desembarcar, sobre el avituallamiento y otros temas propios de capitanes.

Durante este tiempo comieron y bebieron vino hasta que quisieron. Contaron historias y rieron, en parte porque el viaje, hasta ahora, había sido bendecido por los dioses y habían salido airosos de todos los peligros, incluida la tormenta, pero también rieron por los efectos del vino.

Ya caída la noche, Aarón volvía con su tío al barco de los exploradores.



—Gamal —dijo Aarón, agarrando a su tío del brazo.  
—Dime. ¿Qué te pasa?  
—Gamal. He visto algo.  
—¿Qué has visto? ¿Qué es lo que te preocupa?  
—Cuando me ha abrazado Hadid, he visto, debajo de sus ropajes, que llevaba al cuello un amuleto de mi padre.  
Gamal se quedó pensativo y le contestó:  
—Bueno, puede habérselo regalado.  
—No, Gamal. Él nunca se habría desprendido de ese amuleto. Fue un regalo de mi madre. Lo recuerdo. Yo era un niño. Pero nunca olvidé ese medallón, que tenía serpientes y halcones. El mismo que he visto hoy al cuello de Hadid.  
Gamal no supo qué contestar. Quedó en silencio y no volvió a hablar en toda la noche. Ciertamente había quedado turbado con las palabras de su sobrino.  
Aarón se extrañó de su silencio. Pensó que había algo que él no sabía y su tío no le había sabido explicar. O quizás no había querido. Había algo, algún secreto que debía averiguar.



*Ilustración 2. Moneda fenicia. Anverso, Melkart cabalgando en un Hipocampo y Reverso, lechuza portando la vara y el mayal, símbolos de la realeza egipcia. S. X-VIII a.C.*



## Capítulo V

### El secreto

Hadid acostumbraba a colocarse en la proa de su barco, admirando a un lado y al otro el movimiento majestuoso de toda la flota. Nada podía pararlo. Sabía que todos, capitanes y mercaderes, le seguirían hasta el fin del mundo. Se sentía poderoso. Se pensaba elegido por los dioses para gobernar con mano firme el destino de todas aquellas familias. Poseía muchas riquezas. Todos ellos las poseían. Las naves iban cargadas de objetos de gran valor y, a la vuelta, llevarían las bodegas llenas de plata y de oro. Todo el que pudieran cargar. Y él era Hadid, el grande, el general, el comandante de toda la flota. El que disponía de las vidas y el que decidía el futuro. Él conocía el camino mejor que nadie y todos dependían de él.

Aunque los marinos y los guerreros solían llevar vestimentas de cuero, o cómodas camisas ajustadas con un cordón a la cintura, Hadid gustaba mostrar un porte distinguido, con túnica hasta los pies y manto color púrpura, con flecos y borlas en los bordes. Y en el cinto ceñido su puñal, con empuñadura de oro, adornado de filigranas. Más parecía por su aspecto uno de los principales mercaderes que el general de la flota.

Ahora llegarían a las Islas de la Miel, su próximo destino. Sería recibido por el rey, con honores de rey. Y es que de alguna manera él lo era también. Mas poderoso y rico aún que muchos de los reyes que conocía.

—¿Ya has hablado con el hijo de Román? —le preguntó Samila, la hechicera, que viajaba en el barco junto a él.

Samila había sido desde niña sacerdotisa en el templo de la diosa Astarté, en

Tiro. Sería por intuición o por una facultad especial, el caso es que sus vaticinios eran respetados y rara vez se había equivocado. Su anhelo por el conocimiento y su pasión por lo desconocido la habían llevado a viajar desde que era muy joven con las expediciones. Hacía pócimas y ungüentos que ciertamente tenían efecto y sus presagios eran temidos por todos. Se paseaba tranquilamente por la cubierta del barco haciendo sonar las campanillas de sus vestidos, sus collares y aretes.

—Sí. Hoy lo he hecho venir, para conocerle —le contestó Hadid.

—Tiene los ojos de su padre —observó Samila.

—Es igual que Román, en su juventud.

—Y es noble y sabio —continuó la hechicera.

—¿Es que ya has mirado su futuro, que tanto le conoces?

—Sí. Hará grandes cosas.

—¿Grandes cosas...Cómo yo?

—A ti te ciega la ambición. Y tu soberbia ha podrido tu duro corazón.

—También a ti te ciega la ambición, dulce Samila. Más que a mí. Venderías a tu madre por unas piezas de plata —le dijo con ironía.

Samila quiso abofetearle, pero Hadid le agarró la mano y mirándola a los ojos se sonrió.

—Tu destino está unido al mío, Samila. ¿No es eso lo que viste en tus espejos? ¿No viste que juntos acumularíamos poder y riquezas? ¿No fue eso lo que me dijiste?

Samila le mantuvo la mirada, y le contestó:

—Una sombra se cierne sobre ti.

—No me asustan las sombras. Ni tus vaticinios. Nada me asusta —contestó Hadid.

—El hijo de Román viene a turbarte —le contestó Samila, que lo conocía bien.

—No hay nada que me turbe. Soy Hadid, el grande. El que va a atravesar las puertas del Hades. El que va a ir más allá del fin del mundo.

—Las almas de los muertos vienen a turbarte.

—Tampoco me asustan los muertos. Ni los vivos, ni los muertos—continuó Hadid, intentando disimular su preocupación porque lo que acababa de decir, realmente, no era cierto.

—Hadid, no eres el mismo. Algo en ti ha cambiado. Me espanta tu vileza.

Samila se soltó de la mano de Hadid y dándose la vuelta, se marchó.

Los barcos seguían su rumbo a toda vela, con los remos recogidos. Si los remeros no tenían trabajo se tumbaban en la cubierta, tomando el sol y charlando animadamente.

Solo Tiflis se mantenía pendiente en todo momento del timón. Se diría que era parte de su propio cuerpo. En pocos confiaba para dejarles su puesto. Solo cuando la necesidad imperiosa le obligaba a descansar. Pero, hasta en esos momentos, cuando dormía, soñaba que lo tenía asido y sentía la madera mojada en sus manos.

Esperaban llegar en pocos días a las Islas Melita, llamadas así por su famosa miel, donde harían escala durante unas semanas.

Aarón subía a la cofa y se mantenía observando el horizonte. Pero hacía días que no llevaba sus papiros. Estaba absorto, con la mirada perdida. Recordaba la noche de la tormenta. La aparición de su padre quizás habría sido fruto del golpe que recibió en la cabeza. Sabía que eso ocurría a veces, que los hombres se desvanecían y desvariaban. Pero su presencia le pareció tan real que no se le quitaba de la cabeza.

Se preguntaba por qué Hadid llevaría el medallón y se preguntaba por qué Gamal guardó silencio cuando le hizo su pregunta. Estos eran los pensamientos que le turbaban en los últimos días.

Licia no se atrevía a sacarle de sus cavilaciones. Nunca lo había visto tan reservado. Por eso, en estas ocasiones, no subía a la cofa con él.

Tampoco entendía la actitud de Yago que había dejado de hablar con ella y ya no le hacía sus bromas, que tanto le divertían. No sabía por qué aquel al que siempre había considerado su hermano ahora la rehuía y le contestaba siempre de una manera tan seca. Así que se sentó junto a Nadine que seguía, como siempre, engarzando sus piedras, apoyada en la barandilla del barco con Caleb, su esposo, que labraba filigranas en las piezas de plata.

—¿Qué le pasa hoy a todo el mundo, Nadine? Nadie tiene ganas de hablar ni de reír conmigo. ¿Acaso no están contentos de llegar a las Islas de la Miel, un lugar tan querido por nosotros? ¿De pisar en tierra firme, de dormir en camas secas?

—Estamos cansados, Licia. La tormenta de la otra noche nos agotó a todos. No te preocupes. Se les pasará. Quizás sea por eso.

—Sí. Quizás sea por eso —contestó la joven. Y continuó, cambiando de

conversación.

—Mira, Nadine ¡Llevo tu collar de cornalinas!

—Estás muy guapa. Eres una joven muy bella. Y con el collar en tu cuello, más todavía —le dijo con una sonrisa.

—¿Tú crees que Aarón piensa que soy bella?

Nadine dejó el colgante que estaba engarzando, apoyado en su regazo y le pasó el brazo por el hombro, apretándola contra su pecho.

—Claro que sí. Todos te ven bella. Seguro que él también. Pero lo más bello es tu corazón.

Licia se quedó pensativa, apoyada en Nadine. Quien sabe qué pensamientos rondaban por su cabeza.

A la proa del barco, mientras tanto, Gamal también andaba con sus cavilaciones. Miró a Joram y le llamó:

—¡Joram! Ven que quiero hablar contigo.

El guerrero, jefe de los exploradores, había viajado con Gamal durante muchos años. Eran viejos amigos y confidentes. En nadie confiaba Gamal como en su fiel compañero Joram.

—Joram, ven a mi lado. Quiero contarte de algo que me aflige.

—Dime, Gamal. ¿Qué es eso que te preocupa?

—Veras. Ayer, después de nuestra reunión con los capitanes y con Hadid, Aarón me dijo algo.

—Qué dijo.

—Dijo que vio en el cuello de Hadid, dentro de sus ropajes, un medallón que era de Román, su padre.

—El medallón de Román. Lo conozco.

—Sí. Yo también lo conozco.

—Román lo tenía guardado en su arcón, el de los mapas, el de los papiros. No quería perderlo y lo cuidaba porque era de un gran valor para él —dijo Joram.

—El amuleto de las serpientes y los halcones que le había regalado su esposa.

—Sí. El de las serpientes y los halcones —continuó Joram—. Yo mismo lo vi muchas veces. Lo tenía guardado. Y siempre lo llevaba en su barco. Jamás se separaba de su arcón.

—¿Y qué piensas, Joram, amigo? ¿Por qué piensas que Hadid llevaba el amuleto de mi hermano?

—Tengo que pensarlo. No sé cómo puede ser. Entiendo tu preocupación.

Ambos levantaron la vista a la cofa, donde se encontraba Aarón.

—Ese joven no descansa desde que ha visto ese amuleto —dijo Gamal.

—Tenemos que averiguar qué hay detrás de esto. Algo no me gusta —continuó Joram—. Nunca quise dudar de la palabra de Hadid, porque era nuestro compañero, nuestro hermano. Pero sufrí tanto como tú la pérdida de los barcos de Román, de nuestro querido Josué y de todos los demás que perecieron en el naufragio.

En ese momento comenzaron a escuchar las trompetas que avisaban de que ya se había avistado tierra y que les hicieron interrumpir su conversación.

—¡Por fin en tierra! —dijo Gamal.

Y todos en el barco celebraron la cercanía de las Islas de la Miel, escuchando los gritos de alegría de los demás barcos. Por fin habían llegado a esta singular tierra.



*Ilustración 3. Medallón de Trayamar. Origen fenicio.*

*Museo arqueológico de Málaga. S VIII-VII a. C.*







## Capítulo VI

### Las Islas de la Miel

La entrada de los barcos en el puerto de las Islas de la Miel era una fiesta para todos sus singulares habitantes.

La ensenada era un refugio natural y una parada habitual en sus viajes. Aunque los cananeos aún no habían establecido allí una colonia, estaban familiarizados con estas tierras y sus pobladores.

Aarón observaba asombrado, viendo cómo corrían por la costa en dirección al puerto para recibirlos. Nunca había visto cosa semejante. Agitaban los brazos y gritaban, demostrando aparatosamente su alegría al encontrarse con ellos. Tocaban las palmas y cantaban. Desde los barcos, ellos les devolvían el saludo, entusiasmados con tanto alboroto.

Habitaban estas tierras unos gigantes orondos y ruidosos. Pero, a juzgar por la simpatía que despertaban entre sus compañeros que ya los conocían de viajes anteriores, Aarón pensó que debían ser buena gente.

—Están deseosos de que vengamos a visitarles —le dijo Joram—. Valoran nuestras mercancías y siempre nos reciben con alegría y nos hacen fiestas y banquetes.

Llegaron a los muelles a golpe de remo. El primero de los barcos, el de Hadid, el general, que iba remolcado por otros más pequeños. Tiraron las cuerdas, que fueron amarradas rápidamente en los bolardos y les lanzaron las pasarelas.

Junto a Hadid desembarcaron los principales mercaderes, Samila, la hechicera, y un grupo de capitanes, entre los que se encontraba Gamal, con su hijo Yago. Más atrás les seguían Aarón, Licia y el resto de los ocupantes de su barco. Poco a poco iban

bajando a tierra todos los demás fenicios y eran atendidos por sus anfitriones que les ofrecían sus casas y cuanto pudieran necesitar después de tan largo viaje.

La multitud se apiñaba en el embarcadero.

Al grito de “¡Paso al rey!” se despejó el tumulto y apareció entre ellos el rey junto con su comitiva.

El venerable Hagar Qim era un rey querido por sus súbditos. Era un hombre barrigudo, que sin duda gustaba disfrutar los placeres de la comida y la bebida. Vestía una túnica hasta las rodillas, con una mezcla de tejidos toscos y piel de conejo, que, a pesar de darle un aspecto algo estafalario, le dotaban de un porte real, destacando entre todos los demás.

Formaban su séquito, además de la guardia personal, los músicos y bailarinas, que no paraban de dar vueltas tocando campanillas y festejando la llegada de los visitantes.

Al ver a Hadid, el rey se lanzó a darle un fuerte abrazo. A pesar de ser este un hombre robusto, en los brazos del rey Hagar diríase que el general fenicio no abultaba más que un ternero en el regazo de su madre. A duras penas logró zafarse de las muestras de afecto del rey, colocándose en su sitio las borlas de la túnica.

—¡Querido hermano! —dijo el rey Hagar. —¡Cuánto me alegro de ver tus barcos en nuestra bahía! ¡Cómo añoro tu compañía, tus mercaderías y las historias que me traes del otro lado del mundo! ¡Y cómo echo de menos nuestras conversaciones a la luz de la luna con ese buen vino que siempre traes de las tierras de Canaán!

Acompañaba al rey su hija, Gantija, que, a pesar de su juventud, ya sobrepasaba a su padre en altura y corpulencia. Llevaba su propio cortejo, formado por sirvientas de muchos pueblos y razas, que la colmaban de atenciones.

—¡Cuánto ha crecido tu hija, rey Hagar! —dijo Hadid — ¡La última vez que estuvimos aquí aún jugaba corriendo detrás de los corderos!

—Los dioses solo han querido que tenga esta hija, que algún día será reina, cuando yo deje este mundo. No se separa de mi lado desde que murió su madre— respondió Hagar.

—Espero que los dioses le hayan dado tanta sabiduría como a ti, viejo amigo, para gobernar a su pueblo —dijo Hadid.

—Sí, claro— contestó el rey.

La princesa había esperado a que su padre terminara con los cumplidos para

acercarse también ella a los fenicios, efusiva de igual manera, saludando y dando abrazos. Le llamó especialmente la atención Samila. Se acercó a ella, tocando su túnica y palpando sus rizos y sus colgantes.

—¡Gantija! —le dijo el rey—. Deja a nuestra invitada. ¡No es manera de halagar a una señora de tan alta dignidad manosear sus joyas!

—Padre, es que mira qué bonitos collares lleva engarzados en el pelo. ¡Son de plata y perlas!

Samila, que se tambaleó, quedó petrificada. Dibujó en su rostro una fría sonrisa, porque no quiso ofender a la princesa y le dijo:

—Mañana veremos todas las joyas que traen nuestros mercaderes, aún más bonitas que estas mías, y tendrás un hermoso regalo, Gantija.

—¿Y traéis paños de púrpura y lanas tejidas de colores?

—Mañana podrás elegir entre todo lo que hayan traído, Gantija —le dijo el rey, su padre —Te compraré todo lo que desees de nuestros amigos fenicios. Pero deja ahora a nuestra invitada. Vamos a palacio y allí descansará ¡Haremos esta noche una gran fiesta!

Gantija aplaudió contenta.

El rey la observaba con cariño, pero a la vez con preocupación. Los dioses en verdad no habían querido agraciarse con una gran inteligencia, a pesar de sus continuas ofrendas. Tampoco con belleza la habían agraciado. Era imprudente y caprichosa. Pero Hagar tenía la esperanza de que con los años lograría la sensatez que ahora le faltaba. Él también fue de joven irreflexivo y alocado, y con la madurez había llegado a ser un rey justo y querido por su pueblo.

Partieron hacia el palacio el grupo de capitanes y principales mercaderes. Iban rodeados de una multitud que tocaba flautas y cantaban, preparándose para la fiesta que disfrutarían en la plaza del pueblo hasta el amanecer. La princesa Gantija parecía la más feliz de todos.

Durante el trayecto, mientras caminaban con dificultad por la aglomeración de esta gente tan efusiva y corpulenta, por un momento, la mirada de Gantija se cruzó con la de Yago y su rostro sonrosado resplandeció con una enorme sonrisa. De forma inesperada le hizo un guiño con un ojo y Yago, turbado, miró para otro lado.

—Que los dioses me asistan— se dijo para sí, buscando un lugar donde

agazaparse para pasar inadvertido.

—¡Yago! — gritó Gamal al perder de vista a su hijo —¿Dónde andas, hijo mío? Ven con nosotros. Acompaña a tu padre a corresponder la hospitalidad de nuestros anfitriones.

Yago, el explorador, el valiente guerrero, el intrépido piloto, sintió calor en sus mejillas, mientras se acercó a su padre mirando al suelo. De reojo se dio cuenta de que la princesa no paraba de observarle de arriba abajo.

Mientras los capitanes y los principales mercaderes se dirigían al palacio, Aarón y Licia habían desembarcado con Joram, Tiflis, Caleb y Nadine, Adar, el poeta y el resto de la tripulación de su barco. Una de las muchas familias que, por su amable carácter derrochaban cordialidad, les habían ofrecido una parte de su enorme casa, donde todos pudieron instalarse cómodamente.

Tarxien, que les indicó la entrada, era un fornido maestro cantero. Su mujer, Majdra, una mujer rolliza y risueña que no paraba de dar gritos a sus dos revoltosos hijos que, a pesar de ser pequeños, eran casi tan altos como Aarón.

La mayor parte de estas gentes habitaban en casas de abobe, que mantenían frescas para el calor, cómodas y acogedoras y adornadas con flores.

Aunque también hay que decir que una buena parte de ellos eran canteros como Tarxien y habían levantado grandes edificaciones y templos de piedra, diseminados por todas las islas, con pasadizos, laberintos y cámaras, y donde pasaban buena parte del día. Tallaban la piedra con fuerza y a la vez con mimo. Sin duda eran auténticas obras de ingeniería que habían construido desde tiempos inmemoriales y que aún hoy en día se pueden visitar.

Los más de mil viajeros fenicios que habían arribado al puerto se instalaron junto a sus anfitriones o en campamentos bien acondicionados. Después de tantas semanas en alta mar agradecían dormir bajo techo y secarse los huesos.

Al ponerse el sol comenzó la fiesta.

Junto a uno de los templos habían colocado mesas decoradas con ramas de laurel, olivo y otras plantas olorosas y las habían llenado de apetitosos manjares. Todo el recinto estaba alumbrado con gigantescas antorchas.

Asaron varios corderos y sirvieron una mezcla de agua y de miel fermentada con especias, la bebida alcohólica típica del lugar. Los músicos tocaban piezas alegres con

flautas y panderos y todo eran risas y animación.

En la mesa de Aarón había tanto cananeos como habitantes de las islas, que se contaban historias y anécdotas, sorprendiéndose de las costumbres y de las tradiciones de los unos y de los otros.

—Un cordero de estas tierras parece una vaca de las nuestras— comentó Tiflis, cuando sirvieron el asado, provocando las risas de todos.

—Pues para quedar saciado tendría yo que comer media docena de corderos de los vuestros —contestó Tarxien, dando lugar a ruidosas carcajadas.

La comida era servida por criados extranjeros. Egipcios y pueblos del mar vendían sus esclavos en estas islas, traídos de batallas y saqueos.

Aarón se sorprendió de ver hombres y mujeres de diferente color del que siempre había visto, pues nunca había conocido nubios ni otros habitantes llegados de Libia, con la piel del color del azabache. Y es porque estas islas eran una tierra de paso para muchos navegantes de la época que se refugiaban en sus ensenadas y a cambio de cobijo y descanso dejaban allí mercancías o esclavos. Así, viendo tantas cosas sorprendentes y tantas gentes diferentes, Aarón pensaba que el mundo estaba lleno de misterios y sorpresas y que era mucho lo que tenía que recorrer.

Mientras todos charlaban, comían y bebían alegremente, en la mesa principal, que presidía la reunión, el general Hadid conversaba con el rey, que le agasajaba y le ofrecía los mejores exquisiteces de la mesa.

Hagar Qim escuchaba atentamente los relatos de Hadid. Le gustaba preguntar sobre reyes de otras tierras, sus palacios y templos y sobre guerras y pactos de pueblos lejanos. Preguntaba también por las mercancías que habían traído, telas, armas, vino y aceite. Y se interesaba por las nuevas mejoras que habían hecho en sus naves, por sus viajes y por sus planes para el futuro.

—Es una empresa arriesgada —le dijo, cuando Hadid le comentó su idea de atravesar las puertas del Hades—. Nadie ha llegado tan lejos. Detrás de aquellas dos grandes rocas se abre un inmenso mar y todos dicen que allí cae el agua a un abismo y los barcos que navegan caen también y que allí se acaba el mundo.

El pueblo de Hagar Qim no era marinero, pero el rey conocía, por los viajeros que llegaban a sus islas, que el lugar hacia donde se dirigían en esta ocasión los fenicios era una zona desconocida y temida.

Así continuaron durante horas con su conversación.

Todos disfrutaban de la fiesta. Todos menos Yago. Con la mirada perdida y el ceño fruncido no participaba de la alegría general.

Se sentía incómodo. No olvidaba la espina de su corazón. Y para abundar en su desdicha observaba que Gantija no le quitaba ojo y, según daba cuenta de la estimulante bebida de miel, iba creciendo su alegría y aumentando su osadía y le lanzaba besos con la mano, sonriéndole sin parar hasta hacerle sonrojar.

El rey se percató de las intenciones de la princesa y se entristeció. Conocía a su hija y sabía cómo había sufrido en otras ocasiones por el mismo motivo.

Samila, la hechicera, sentada junto a Hadid, brindaba con su copa y participaba de las conversaciones. Había regalado a la princesa una cinta para el pelo de aretes de plata y cristales de colores y Gantija, viéndose hermosa con esta llamativa joya se giraba a un lado y a otro sintiéndose el centro de todas las miradas. Y lo cierto es que así era, aunque los motivos por los que llamaba la atención eran muy diferentes. Samila pensaba que, en el fondo, era aún muy niña, y que no podía hacer por ella otra cosa que halagarla. Pero, mientras tanto, de reojo, miraba a Aarón sentado en otra de las mesas y veía en él al valiente Román, su padre. “Tiene sus ojos, su porte, su cabello negro ondulado”, pensaba. El secreto que guardaba le quemaba las entrañas.

Permanecieron varios días los fenicios en las Islas de la Miel. Cada mañana extendían sus preciadas mercancías en puestos al aire libre, alrededor de los que se agolpaban hombres y mujeres, curioseando y comprando. También se podía comer, almendras, avellanas, pistachos y aceitunas y beber el vino que habían traído de Canaán. Las calles estaban abarrotadas de gente y los niños jugaban a correr y esconderse, tropezando y empujándose unos a otros.

Y no faltaba Gantija, acompañada de sus sirvientas, que, unas veces para elegir tejidos o vasos de plata, otras veces para buscar al esquivo Yago, era visita habitual de los puestos de mercadería.

Aarón y Licia daban largos paseos por los hermosos paisajes de llanuras y acantilados. Conversaban sobre sus historias, sobre sus planes para el futuro, sobre las preguntas que se hacían sobre el mundo y sobre los dioses. Y nunca se cansaban de hablar.

También se asombraban de ver los gigantescos templos de piedra que aquellos pobladores habían construido por toda la isla, a cuál más gigante y a cuál más magnífico. Se preguntaban cómo podían colocar las pesadas piedras con formas sorprendentes, encajándolas de originales maneras.

—¡Me pregunto entre cuántos de estos forzudos han debido cargar con estas piedras para montarlas de este modo! —se preguntaba uno.

—¡Y qué decoraciones tan extrañas y laboriosas! —contestaba el otro.

Y es que, estaban tan compenetrados que, en sus conversaciones a veces no se sabía quién preguntaba y quién era el que respondía.

De todo esto que veían tomaba nota Aarón cuidadosamente y lo transcribía en sus mapas de aquellas islas.



*Ilustración 4. Dama durmiente. Hipogeo de Hal Safieni. Malta. S. XX a.C.*



## Capítulo VII

### Un corazón roto

En los días siguientes, el mercado estuvo siempre lleno de gran animación. Y aquella mañana soleada del final de la primavera, cuando ya pensaban que llegaba el tiempo de partir, comenzarían a ocurrir cosas que cambiarían sus vidas.

Yago se encontraba junto a la mesa donde Nadine y Caleb vendían sus collares y sus piezas de plata labradas. Conversaban animadamente entre ellos y atendían a hombres y mujeres que se acercaban a admirar sus trabajos.

Gantija paseaba por el mercado como de costumbre, arrogante, rodeada con su séquito de sirvientas. La gente la saludaba y ella respondía:

—¡Buenos días a todos! ¡Buenos días a todos!

Una de sus criadas llevaba una pequeña jaula en la mano, adornada con flores, con unos pajarillos azules. Cuando vio a los fenicios y con ellos a Yago, se acercó al grupo.

—Buenos días, Yago —le dijo sonriente.

—Buenos días, Gantija —contestaron los tres.

—Mira qué bonitos pajarillos he cogido en los jardines de palacio.

—Son muy bonitos, princesa —contestó Yago.

—Y yo misma he construido esta jaula con palitos de fresno.

—La jaula está elaborada con finura, Gantija —contestó Yago, esforzándose por ser amable.

Caleb y Nadine se miraban con una sonrisa de complicidad, pues la actitud de la princesa no dejaba dudas de sus intenciones.

—Es un regalo para ti —continuó.

—Muchas gracias, Gantija.

La princesa se dirigió entonces a la esclava que tenía a su lado.

—Elige un collar o unas telas, Elisia, quiero que alegres tu triste existencia —le dijo empujándole en el hombro.

Y, sonriendo, miró a Yago, esperando su reconocimiento por este acto de generosidad.

—Gracias, princesa. No necesito nada. Tengo cuanto deseo—contestó la esclava.

—Esta niña llora cada noche asomada a las ventanas de palacio—exclamó Gantija. Y, molesta por el rechazo, la zarandeo del brazo.

—¡Desagradecida! —le gritó—¿Cómo te atreves a despreciarme?

Elisia bajaba la mirada, con resignación. Era una chica joven de piel morena, largos cabellos rizados y de ojos profundos. A pesar de ser esclava y vestir con una humilde túnica, tenía un porte agraciado y altivo.

Nadine se apiadó de ella, pensando en lo triste de su destino y, para intentar suavizar el enojo de la princesa, ofreció unas bebidas.

—¿Queréis un vaso de agua fresca con limón?

Yago cogió uno de los vasos y se lo ofreció a Gantija, que de nuevo sonrió.

—Gracias, Yago —le dijo mientras cogía el vaso y le miraba a los ojos.

Nadine ofreció entonces un vaso también a Elisia, que aceptó.

La princesa advirtió la simpatía que su esclava había despertado en el grupo y sintió celos. Entonces reaccionó encolerizada.

—¡Vámonos! —gritó a la esclava y, empujándola, le hizo seguirla de nuevo, junto a todo su séquito, desapareciendo entre la gente a paso ligero.

Pasaban los días y se acercaba el día en que debían continuar con su viaje. Hadid estaba contento porque las arcas de todos ellos habían aumentado. Además de las ganancias obtenidas, también habían hecho acopio de la miel que se producía en estas tierras que, por su especial sabor y calidad la hacían famosa y única en el mundo conocido. Había conversado largamente con el rey, paseando por los jardines del palacio. Ahora se acercaba la hora de despedirse.

—Queremos establecer una colonia en tus tierras, rey Hagar, para tener en ellas

un puerto seguro. Tus costas tienen grandes ensenadas y bahías inmejorables para el refugio de los barcos —le dijo—. Pensamos abrir nuevas rutas para nuestro comercio y tus islas están en el centro de los mares que estamos recorriendo.

—Nada me hará más feliz que tener una colonia vuestra en mis islas. Tenemos tierra en abundancia y tu gente es trabajadora y maestra en muchos oficios.

El rey fue sincero con su hospitalidad pues apreciaba de verdad a los fenicios. Y continuó:

—Di a tus familias que elijan cualquiera de las tierras que vean libres. Recibirán ayuda para construir sus casas, sus establos y sus graneros.

—Eres benevolente y generoso, rey.

—Sé que teneros aquí también a nosotros nos hará prosperar. Es mucho lo que podemos aprender de vuestros conocimientos.

—Hablaré entonces con mi gente y buscaremos un lugar en el que puedan instalarse.

—Pero antes de partir di a tus capitanes y a tus principales que vengan al palacio. Les daré un banquete de despedida.

Los últimos momentos, antes de la partida, tanto los fenicios que marchaban, como los anfitriones que los habían alojado y que ahora los despedían, sentían nostalgia, sin saber si volverían a encontrarse.

Baruk y Sara, los maestros carpinteros de los barcos, habían supervisado ya todas las naves poniéndolas a punto. A los cascos se les había dado otra mano de brea y las velas y sus correajes estaban repasados y reforzados.

Las mesas y los paños del suelo de los mercaderes habían sido recogidos, quedándose el mercado casi vacío. Y corrían unos y otros para dejar todo listo para la mañana siguiente, pues partirían al amanecer.

Aarón ordenaba y guardaba cuidadosamente sus papiros y sus utensilios.

Gamal y Yago recogían sus enseres en la casa de Tarxien y su esposa Majdra había preparado pastel de carne y otros alimentos para el viaje. Los niños no paraban de corretear a su alrededor y de decir que los echarían de menos.

Estaban Licia y Nadine preparando los últimos paquetes y cofres, cuando recibieron una visita. Con el rostro oculto con un pañuelo, una joven se acercó a ellas, entrando en la casa sigilosamente.

Era Elisia, la esclava de Gantija, que se lanzó a los pies de Nadine, llorando y suplicándole.

—¡Honrada fenicia—le dijo— llévame con vosotros de vuelta a mi casa!

Nadine la cogió de los hombros y la incorporó suavemente.

—¿Que te pasa, niña? —le preguntó.

—Yo soy de las tierras de Canaán, como vosotros, hija del rey Luli, de Sidón. Me robaron unos guerreros que vinieron del mar cuando aún era una niña y me trajeron a estas islas. El rey me compró para su hija a quien he servido todos estos años —les relató con lágrimas en los ojos—. Añoro mi tierra, a mis padres y mis hermanos. Por eso os pido ¡llevadme de vuelta a casa!

Al escuchar sus llantos Gamal y Yago se acercaron.

—Os vi el otro día en el mercado, cuando acudí con la princesa —continuó— y vi que sois nobles y de la misma tierra que yo. ¡Os he buscado y por fin os encontré, justo antes de vuestra partida, en esta casa!

Nadine miró a Gamal, esperando un gesto suyo, pero antes de que dijera palabra, Yago le respondió:

—Te llevaremos a tu casa de vuelta, hija del rey Luli. Volverás a ver a los tuyos. Esta noche hablaremos con el rey y le pediremos que te deje venir con nosotros.

Elisia lloraba, abrazada a Nadine y a Licia. Todos la observaban emocionados, pues comprendían la tristeza de sus palabras.

—Debo marcharme ahora —continuó la joven—. Gantija no puede echar en falta mi presencia o se enfadará tanto que no me dejará partir.

—Pediremos al rey como un favor que te deje venir para devolverte a los tuyos —le dijo Gamal. Debes volver con tu padre a Sidón.

Y llena de esperanza, Elisia cubrió de nuevo su rostro y volvió corriendo al palacio.

Gamal y su hijo Yago acudieron esa noche a la cena del rey. Ya que pensaron que no sería tarea fácil conseguir la libertad de esa esclava, conociendo el carácter de la princesa, contaron la historia a Hadid, para pedirle que intercediera por este asunto.

Hadid, al conocer que Elisia era hija del rey Luli, más que en el bien de devolver su libertad a la joven, pensó en la gratitud que le mostraría Luli, que era un rey poderoso en la rica ciudad de Sidón. Sin duda sacaría provecho de ese favor. Hagar

Quim no le negaría esta petición, pues de sobra conocía su bondad y cuánto le apreciaba.

Se encontraban a la hora del banquete en el palacio Hadid, el general, la hechicera Samila y los capitanes y principales, para celebrar esta última noche, antes de la partida, el acuerdo de buena convivencia entre los dos pueblos, el establecimiento de la nueva colonia y su pacto de amistad.

Cuando Hadid vio una oportunidad se dirigió a Hagar:

—Rey Hagar, he conocido que hay entre tus esclavas una joven que es princesa, hija del poderoso rey de Sidón. Quisiera pedirte que nos dejaras devolverla a su padre.

Gantija, que escuchó estas palabras, dando un golpe en la mesa que hizo saltar copas y manjares, gritó enfurecida:

—¡¡¡NOOOO!!!

Sus ojos se salían de sus órbitas.

—¡Esa esclava es mía y no irá a ninguna parte!

Hagar sabía que su hija era caprichosa y antojadiza, pero no entendió una reacción tan desmesurada, cuando tenía tantas esclavas de las que apenas se preocupaba y que, tarde o temprano acababan yéndose del palacio sin que ella le diera a este hecho la más mínima importancia.

—¡Esa esclava no se irá a ninguna parte! —gritó de nuevo.

—Pero Gantija, —dijo el rey a su hija —es lícito que esa joven vuelva a casa de su padre el rey de Sidón, de donde fue robada.

—Yo la cuido bien. No le hago ningún mal. ¡Y no irá a ninguna parte! —continuó.

—¡Gantija! —continuó el rey—. Eres una joven bondadosa. Debemos dejar volver a esa esclava.

—¡No la quieren para devolverla a su padre! ¡la quieren para dársela a Yago, que se ha encaprichado de ella! —gritó.

—¡Gantija! ¡no ofendas a nuestros invitados! —dijo el rey.

La princesa saltó de su asiento, lanzándolo al suelo y se marchó llorando y gritando.

Hagar corrió detrás de ella. Sabía que de nuevo le habían roto el corazón.

—Gantija—le dijo, agarrándola del brazo—. Debes dejar partir a esta joven.

Debes dejar que siga su camino. No puedes obligar al amor a un corazón que no lo siente. Y si haces el mal, luego sentirás dolor y arrepentimiento por el daño que has hecho.

—Pero ¿por qué no me quiere Yago? he sido tan amable con él y le he hecho tantos regalos...

—No puedes obligar al amor, Gantija. Ya llegará un buen hombre, apuesto, que te amará y te hará feliz y tendréis hijos, y reinaréis nuestro pueblo con sabiduría. Pero lo que tú quieres hacer con esa joven no es justicia.

Gantija se secó las lágrimas con su manto y abrazó a su padre. Volvió a la mesa, caminando arrogante, y se sentó de nuevo en la silla que los sirvientes se habían dado prisa en colocar en su sitio.

El rey volvió a presidir la mesa.

—¡Podéis devolver a la princesa fenicia a su padre! — dijo Gantija—. Le deseo la mayor de las dichas con su familia y en su casa.

Hadid y Gamal se miraron sorprendidos. No entendían muy bien lo que había pasado, pero se alegraron de que la petición, finalmente, hubiera sido concedida por el rey y su hija.

Samila vio a Elisia, que estaba junto a la puerta, feliz y con expresión serena, pendiente de los acontecimientos y sintió que le daba un vuelco el corazón. Presintió que esa joven tendría un destino de los que quedan grabados en la memoria por siglos, de los que se hacen las leyendas. Mientras todos reían, comían y bebían, se acercó a ella y la agarró de la mano.

Elisia la miró sorprendida.

—Elisia —le dijo— los dioses te han bendecido. Con alegrías y con tristezas. Veo en tu cabeza una corona. Veo lágrimas en tus ojos y veo un gran dolor en tu corazón, pero te veo en pie, al frente de un gran pueblo y con muchos hijos y muchos nietos que alegrarán tu vejez.

A Elisia se le erizó la piel al escuchar el oráculo de la hechicera.

## Capítulo VIII

### La sospecha

El rey Hagar acompañó a Hadid para darle su adiós junto al muelle. Muchos fueron los que acudieron también a despedir a los fenicios. De nuevo se reunieron en el puerto músicos y bailarinas y algunos de quienes les habían alojado no podían evitar las lágrimas porque eran unas gentes muy sentimentales.

—Espero que tus familias, que van a quedar con nosotros en la colonia, se hayan acomodado en un lugar agradable, a su gusto —le dijo el rey.

—Han quedado muy felices, Hagar. Es un hermoso entorno donde podrán cultivar la tierra, tener su ganado y construir barcos para la pesca y la navegación— contestó Hadid.

—Pues quiero pedirte un último favor, amigo —dijo el rey.

—Dime Hagar ¿Qué puedes desear que esté de mi mano?

—Quiero que regreses, que vengas a verme de nuevo. Te recibiré con alegría cuando vuelvas de tu viaje y me cuentes qué has encontrado más allá de las dos rocas, de las que todos dicen que son las puertas del Hades. Yo sé que tú averiguarás qué hay allí realmente, porque no hay navegante más valeroso que tú y quiero que vuelvas luego y me lo cuentes.

—Te doy mi palabra, rey Hagar. Cuando regrese en mi camino de vuelta en dirección a Tiro, pasaremos a visitarte de nuevo y te daré cuenta de todo lo que hemos visto en aquella parte del mundo.

Hay que decir que tampoco cumplió Hadid con su palabra al rey Hagar. Pero eso se relatará más adelante, porque durante las siguientes semanas fueron muchos los acontecimientos que ocurrieron en este viaje.

Acompañaba al rey su hija Gantija, como siempre lo hacía. Samila, la hechicera, le dio un gran abrazo y le regaló un amuleto, para atraer el amor.

—Tienes que llevar este amuleto colgado del cuello, Gantija. No debes quitártelo nunca, hasta que el amor toque a tu puerta. Entonces debes regalárselo a alguien a quien le pueda hacer falta, que deberá hacer lo mismo que tú.

Samila quiso abrochárselo al cuello, pero tuvo que desistir pues, tal era la envergadura de Gantija, que no podía alcanzarlo. Entonces se lo dejó en las manos.

—Gracias Samila —le dijo la princesa—. ¿Me lo has regalado porque el amor ya ha llamado a tu puerta?

—No, princesa. Yo, el amor lo perdí para siempre.

Gantija se quedó pensando la respuesta que le dio la hechicera. Y entendió que no era ella la única que había sentido su corazón roto en mil pedazos.

En ese momento llegaron Baruk y Sara, los maestros carpinteros, para hablar con el general.

—Tenemos que hablar contigo —le dijeron.

—Decidme—contestó Hadid.

—Nosotros nos vamos a quedar también, general Hadid.

Y Sara continuó:

—La diosa Astarté nos ha bendecido con un hijo, que llevo en mis entrañas. Creo que es una señal para que nos quedemos en esta tierra y echemos aquí nuestras raíces. Así me lo ha dicho en un sueño esta misma noche. Aquí construiremos también nuestro hogar.

—Y yo sentiré perders —continuó Hadid.

—Nuestros aprendices ya son capaces de realizar un trabajo tan preciso como el nuestro —contestó Baruk.

—Sí. Lo sé. Han tenido buenos maestros. Que los dioses os den sus bendiciones y que seáis felices en vuestra nueva vida.

—Es una gran alegría, Sara. Quizás la próxima vez que volvamos a vernos ya tendréis a vuestro hijo en los brazos —dijo Samila, abrazando a Sara.

Baruk y Sara quedaron en el muelle, junto con el resto de fenicios que crearían allí la nueva colonia. Echarían de menos a sus compañeros, pero ambos tenían claro que para ellos comenzaba ahora una nueva vida, en tierra firme. Serían ciudadanos de



las Islas de la Miel. Aquel sería el centro de sus vidas. Allí criarían a sus hijos y a sus nietos y allí comenzaría ahora su linaje, junto a aquellos bellos acantilados, en aquellas hermosas tierras.

Llegó la hora y los barcos emprendieron la marcha. Primero saliendo lentamente de la ensenada, dejando atrás el puerto. Cuando estuvieron en alta mar desplegaron las velas y partieron con toda la fuerza del viento. Al igual que el día que llegaron, todos los habitantes de Melita corrieron por la costa extendiendo sus brazos, en señal de despedida, hasta que el último de los barcos desapareció en el horizonte.

Así fue como Aarón conoció estas pequeñas islas y a sus pobladores. Y así fue como quedó todo registrado en sus papiros, para que los viajeros que pasaran por allí en adelante conocieran cada rincón de sus costas y las maravillas que podían encontrar en su interior.

Elisia se había instalado en el barco de Gamal, pues había estrechado fuertes lazos con Licia y con Nadine.

En los siguientes días, como era costumbre, fueron convocados de nuevo los capitanes al barco de Hadid, para decidir las siguientes escalas antes de su destino, que se encontraba cada vez más cerca.

También en esta ocasión Hadid hizo llamar a Aarón, pidiéndole que trajera sus mapas, que estaban siendo muy valorados por todos cuantos los veían. Todos hablaban de su trabajo meticuloso y de su transcripción exacta de la geografía.

Este encuentro devolvió al joven Aarón a sus cavilaciones. Iría al barco de Hadid y no perdería de vista cada uno de los gestos del general. Tenía que averiguar por qué se había apropiado del amuleto de su padre. Algo había pasado que desconocía y que tampoco Gamal había sido capaz de explicarle. Ahora se sentía diferente. Algo había ocurrido en él. Ya no se veía como el joven que embarcó en Tiro. Se sentía un hombre. Su vida había cambiado. Ahora hacía un trabajo que perduraría, que amaba. Le fascinaba recorrer el mundo y dejar escrito y dibujado todo lo que observaba. Y también cuando estaba con Licia sentía que había dejado de ser un niño.

La reunión de capitanes se realizó en buena armonía. Estaban satisfechos de las transacciones que habían realizado en las Islas de la Miel y de los días que habían pasado allí en compañía de este pueblo amigo.

Decidieron la siguiente escala, Baria, la colonia que establecieron en su última

expedición y el lugar en el que finalizaron su viaje de ida y emprendieron la vuelta.

Era Baria una hermosa tierra, isla, llena de pinos y de arenas blancas. Allí se encontrarían con las familias que habían quedado construyendo la nueva ciudad. También fue allí donde perdieron a Román para siempre.

Seguidamente, Aarón les mostró sus mapas y escuchó, satisfecho, las alabanzas de todos ellos.

—Es un gran trabajo —dijo Cela, capitana de uno de los barcos—. Vemos la vocación por tu oficio, que te viene de familia. Me alegro de que nos acompañes en este viaje, porque no tiene razón descubrir territorios, si no podemos dejar cuenta de todos los pasos que damos, para que puedan ser seguidos por los que vendrán detrás.

—Gracias, Cela —contestó Aarón.

—Eres joven, pero habilidoso con tus dibujos. Ya tu padre, al que recordamos con respeto, nos contaba que desde pequeño siempre tuviste curiosidad y seguías con entusiasmo sus enseñanzas —comentó José, otro de los capitanes.

También Gamal estaba orgulloso de su sobrino. En el poco tiempo que habían compartido, conviviendo en el barco a lo largo de las jornadas que llevaban hasta ahora, había demostrado ser un joven incansable y reflexivo y dedicado con entrega a su trabajo. Podía ver su preocupación y eso le inquietaba. Además, él también quería saber qué había ocurrido realmente en aquellos fatales acontecimientos.

Una vez discutidos estos y otros asuntos, los capitanes cananeos se dispusieron a comer y a beber, como era costumbre en ellos, festejando la buena suerte que habían tenido hasta ahora, contando sus historias y riendo hasta la puesta del sol.

Acabada la fiesta, ya de regreso en su barco, Gamal volvió a hablar con Joram, el jefe de exploradores.

—Vamos camino a la ciudad de Baria, que fundamos en nuestro último viaje y reviven en mi cabeza y en mi corazón aquellos días en que tuvimos la desgracia de perder los barcos del general Josué y de mi hermano Román —le dijo.

—Es cierto —contestó Joram—. También yo recuerdo con tristeza esos días.

—No dejo de pensar en las palabras de Aarón. Y una sombra de dudas cae sobre mí. Creo que Hadid nos oculta algo y tenemos que averiguarlo.

—Lo sé, Gamal.

—Nunca hemos querido dudar de su explicación de lo ocurrido en aquella fatal

tormenta —continuó Gamal—. Pero no comprendo cómo es que lleva el amuleto de Román.

—Estaba celosamente guardado en su arcón, con sus papiros. Y todo se perdió con su barco.

—Y ¿cómo es que entonces lo lleva al cuello? —dijo Gamal.

—Siempre hemos visto con recelo ese pacto que tiene con los mercaderes principales que viajan en su barco. Los que le apoyaron, a la muerte de Josué, para ser el nuevo general.

—Hadid solo piensa en acumular riquezas y poder.

—Cierto es que es un hombre diferente —contestó Joram—. Viste ropajes como esos mercaderes y túnicas llenas de colgantes de oro y borlones. Ya no es un guerrero, como nosotros, como lo ha sido siempre.

—Pero me turba pensar que pudo ocultar algo de lo ocurrido con la muerte de Román. O que quizás tuvo algo que ver...Hadid se crio con nosotros de niño— continuó Gamal—. Aprendimos a caminar juntos y a nadar, bañándonos en las orillas de las playas de Tiro.

—Otros capitanes lo sospecharon. Y tú lo defendiste.

—Porque no puedo aceptar que un acto tan infame haya podido ser cometido por una persona tan cercana a mi corazón.

—Yo tampoco dejo de pensar en las palabras de Aarón —dijo Joram.

—Mi sobrino es ya un hombre. Es noble y sensato. Sé que está turbado desde que vio ese medallón. Y también yo lo estoy.

—Debes hablar con él.

—Lo haré. Me preocupa que haya perdido su confianza en mí.

Mucha distancia quedaba aún por recorrer en alta mar, hasta llegar a su destino, la colonia de Baria.

Bordearían la costa dejando a la derecha a la bella Lilibea y a la izquierda, más lejos, a la vigorosa Cartago. Pero no se detendrían en ninguna de estas dos ciudades pues necesitaban tiempo para concluir el viaje antes de que comenzaran los rigores del invierno. En esa estación era temerario lanzarse al mar, por lo que quedarían anclados hasta la siguiente primavera.

Aunque fue un largo trayecto, navegaron sin acontecimientos destacables, más

allá de lo acaecido en su vida diaria dentro del barco.

Aarón no tenía costas, ni montañas, ni ríos que reseñar, pues llevaron mucho tiempo en alta mar. Pero Licia sí estaba dedicada cada noche a dibujar el firmamento. No era tarea fácil pues, a excepción de la estrella que marcaba el norte, todas las demás no se detenían en toda la noche, en su lento pero constante desplazamiento alrededor de esta. En estas ocasiones era Aarón quien que la acompañaba, ayudándole en sus dibujos y preguntándose también sobre el significado de cuanto observaban.

Aarón se admiraba de la destreza de la joven y de su paciencia y habilidad con los cálamos y las tintas de colores. Observaba sus manos, suaves como pétalos de rosas, sus cabellos, negros, recogidos en una larga trenza que le caía por la espalda y en su sonrisa. Licia, ya se daba cuenta de que Aarón suspiraba por ella, aunque nada habían hablado sobre esto.

Hasta que una noche Aarón no pudo evitar coger su mano y besarla en los labios. Licia sintió como si todas esas estrellas que pintaba se hubieran introducido dentro de su pecho.

## Capítulo IX

### La colonia de Bastia

Continuaron su ruta hacia el poniente durante muchos días más. Desde la cofa observaban al lado de babor las costas de Libia, que así era como se llamaba en aquella época a todo el territorio conocido del continente africano. Pero su apremio por llegar cuanto antes a su destino les hacía dejarlas a lo lejos, como una línea en el horizonte que no habían de perder de vista.

Aarón se preguntaba cómo serían aquellas lejanas tierras, hasta dónde llegarían, si habría bosques, ríos, montañas o desiertos. Y se preguntaba cómo serían sus habitantes, qué costumbres tendrían, cómo serían sus hogares y sus templos y a qué dioses adorarían. Y pensaba que algún día también recorrería aquellas costas para hacer sus mapas.

Era la mejor época del año para los viajes, el comienzo del verano. El tiempo era bueno, con agradable brisa durante el día con y suficiente viento de levante, que les impulsaba suavemente sobre la superficie. En las noches apacibles continuaban navegando, a pesar de la oscuridad, orientándose por la estrella del norte.

Y no fue aquella noche de la tormenta que Aarón no olvidaba, la única ocasión en que había visto el rostro amado de su padre. Según se acercaban al lugar donde había ocurrido su naufragio, cada vez se le hacía más presente. Rara era ya la noche en que no volvía a verlo y, como siempre, trataba de hablarle. Le veía mover sus labios, pero no conseguía entenderle. Aarón dudaba de si era una imagen real o si se trataba de un sueño, aunque, tan tangible, que le parecía de carne y hueso. Lo cierto es que tuvo la certeza de que eran muchos los secretos que tendrían que desvelarse en los acontecimientos que estaban por venir. Quizás no ahora, que navegaban de paso, pero sí cuando por fin llegaran a su destino.

La convivencia hacía que Gamal fuera cogiendo un gran afecto por su sobrino, conforme pasaban los días. Aunque había una sombra entre ellos, por las dudas de Aarón, la navegación los mantenía ocupados, pendientes los unos de los otros y concentrados en sus quehaceres.

—Cuando uno de estos días claros podamos divisar, además de las tierras que vemos en el horizonte de babor, las costas de las tierras a estribor, allá a lo lejos, entonces estaremos llegando a Baria.

Así hablaba Gamal a Aarón, inquieto ante la llegada del fin del viaje. En Baria quedarían la mayor parte de los barcos. Muchos se instalarían allí con sus animales y sembrarían para recoger cosecha el año siguiente. Los exploradores partirían, después de haber descansado unos días, para abrir las nuevas rutas. Se acercaba el día en que averiguarían si al final del mar conocido estaban realmente las puertas del Hades, como contaban las leyendas.

Elisia se encontraba muy feliz entre los suyos. Había pasado varios años como esclava con la princesa Gantija, en las Islas de la Miel y era un recuerdo que algún día se borraría de su memoria. Aquellas gentes en realidad se habían portado bien con ella, pero ella solo quería recordar sus ansias de libertad y su añoranza por volver a su casa, un deseo por fin se iba a cumplir. Eso no lo olvidaría jamás: el valor de la libertad y que la esclavitud no era buena.

Yago habló un día con ella.

—Elisia, ya llegamos en pocos días a nuestro destino. Eres una mujer fuerte y valerosa, y has trabajado duro en el barco, como una marinera más. Todos los compañeros te aprecian y se sienten afortunados con tu compañía, pero, si quieres, puedes quedarte aquí, en nuestra colonia y esperar a que nosotros lleguemos de regreso y emprendamos la vuelta a Tiro, donde te llevaremos con tu familia.

—Nada me gustaría más que continuar con vosotros el viaje hasta el poniente —contestó Elisia, sin pensárselo un instante—. No quisiera perder la oportunidad de llegar a los confines del mundo y conocer el mar desde su principio hasta su fin.

Yago se alegró de su respuesta. Le agradaba su compañía.

También Nadine y Licia se alegraron de que Elisia quisiera continuar con ellos. Escuchaban absortas los relatos de sus aventuras desde que fue robada de Sidón por unos pueblos del mar y, tras muchas peripecias, había llegado a las Islas de la Miel.

Nadine y Caleb se habían aplicado tanto durante todo este tiempo con sus trabajos de joyería que llevaban sacos llenos de collares, colgantes, diademas y todo tipo de abalorios en plata, oro y piedras de colores. Habían pasado las largas horas en la cubierta del barco trabajando duro, mientras hablaban y escuchaban.

Y llegó el anhelado día en que, desde alguno de los barcos, alguien gritó:

—¡¡¡Tierra a estribor!!!

Y como si se hubiera prendido un fuego interior, se escucharon los gritos de ¡Tierra! y ¡Baria! desde todos lados. Habían llegado a la última de sus escalas conocidas.

Ni qué decir tiene la alegría que demostraron también los tirios de Baria cuando vieron aparecer en alta mar, en el horizonte, los barcos tan esperados, trayendo nuevas mercancías y noticias de la lejana Tiro.

Como era costumbre, fueron recibidos por todos y acudió, en primer lugar, el gobernador de la colonia.

Hiram pertenecía a una de las familias de nobles mercaderes de Tiro. Había gobernado con buen juicio esta colonia y, bajo su mando y con el esfuerzo y entusiasmo de todos los colonos, había conseguido que Baria fuera una ciudad conocida y respetada por todos sus vecinos, habitantes del lugar. Sus cultivos habían prosperado, sus ganados habían crecido y habían establecido una floreciente industria de salazones, basada en la pesca. Tejidos, vajillas de lujosa elaboración y productos como quesos, aceite y vino los habían convertido en un centro de comercio de toda la región.

Muchos de los tirios que llegaban en este viaje tenían parientes entre los colonos establecidos y estaban deseosos del reencuentro. Incluso padres que se reencontrarían con sus hijos y hermanos con hermanos. Como era de esperar, se instalarían en sus casas o en el campamento que habían de levantar, una vez anclados los barcos en lugar seguro.

El desembarco y la descarga duró todo el día y se llevó a cabo con la colaboración de todos.

Adar, el poeta, saltó del barco con su arpa, buscando entre el gentío que se agolpaba para darles la bienvenida a Jasmine, su hermana. En pocos momentos la vio aparecer.

—¡Adar! —escuchó.

Y allí estaba la joven, con su esposo y con un bultito en los brazos.

—¡Adar, mira! ¡Es tu sobrina! —le dijo, enseñándole la carita de la recién nacida, liada en un paño blanco.

Adar abrazó a la pareja y a la niña con lágrimas en los ojos. Tan emocionado estaba que ni se dio cuenta que había dejado caer el arpa al suelo y alguien se la había pisado.

—Está destrozada— le dijo Jasmine.

—No me importa el arpa, querida hermana —contestó el bueno de Adar—. Ya la arreglaré. Lo único que me importa ahora es que he recuperado a mi hermana pequeña y que ahora tengo una gran familia —continuó.

Adar pensó que el esposo de su hermana parecía ser un hombre afable y servicial. Ya tendría tiempo de conocerlo más a fondo.

Mientras tanto, Hadid, los principales mercaderes y algunos capitanes, entre los que se encontraba Gamal, se reunieron con Hiram, el gobernador, para tratar de los pormenores del viaje y de su estancia allí.

Hiram les dio la bienvenida a su casa y su esposa dio las instrucciones a los sirvientes para que repartieran una bebida refrescante de limón a sus invitados, que la agradecieron, pues a esa hora de la tarde hacía mucho calor.

Hablaron sobre cómo marchaba la colonia, sobre el pueblo vecino, los llamados íberos y sus costumbres, que ya conocía muy bien.

Nuestra colonia es próspera y tenemos buenas relaciones con los vecinos. Algunos matrimonios hemos realizado en este tiempo entre ellos y nosotros, ya que somos muy parecidos y nos es fácil el entendimiento de unos y otros —contaba Hiram—. Mi misma esposa Aunia es de familia de los íberos —continuó.

Aunia les sonrió con un gesto de amabilidad. Tenía un porte distinguido y se acicalaba, como era costumbre en las familias nobles de su tierra, con numerosos collares de grandes piezas de plata y oro que cubrían todo su pecho. Llevaba también ostentosos pendientes, un tocado con colgantes y una túnica de vivos colores que le llegaba hasta los pies. Sin duda se había puesto sus mejores galas para recibir a los visitantes. Ella era una gran dama íbera, honrada por todos los colonos fenicios.

—Estos íberos no son un pueblo belicoso, pero son hábiles guerreros —les contó



Hiram—. Fabrican afiladas espadas, que llaman falcatas, que son temibles. Y también son hábiles jinetes.

Los tirios escuchaban atentos pues tenían intereses en ampliar su comercio con estas gentes y afianzar la colonia.

—Su reina, la gentil Bastia, les gobierna con buen juicio y nos ha recibido con hospitalidad —continuó Hiram—. Ha favorecido en todo momento que trabajemos juntos, uniendo nuestras técnicas con las suyas en la fundición y en la forja de los metales de sus ricas minas de estaño y de cobre.

Muchos otros temas trataron. Hablaron sobre sus planes de continuar algunos de ellos el viaje hacia el oeste en los próximos días y sobre cómo prepararían la expedición. También decidieron que irían a visitar a la reina Bastia, para obsequiarla, en agradecimiento por su generosidad y por sus atenciones con la colonia fenicia.

Y así, a la mañana siguiente se dirigieron al poblado de los íberos, no lejos de la colonia, a visitarla. Acudieron Hadid y Samila, la hechicera, junto con Hiram y su esposa íbera. Los acompañó una comitiva de mercaderes, Gamal y Aarón, que dibujaba todo en sus papiros y Caleb y Nadine, que llevaban las alhajas más refinadas y valiosas que habían tallado, para ofrecerlos como regalos a la soberana. Con ellos, como siempre, Licia, recogiendo musgos y hierbas para las infusiones y bálsamos.

Samila se le acercó.

—Observa, joven Licia, los pequeños frutos negros que has cogido, de este arbusto que se parece al laurel —le dijo—. Has de saber que es ponzoña que, si solo das un bocado te puede causar la muerte. No los debes confundir.

Licia la observó con cuidado y soltó la planta. Y Samila continuó:

—Recoge unos cuantos y guárdalos en tu bolsa.

Y así hizo Licia.

La joven reina les recibió en su palacio de piedra que, pese a no ser tan fastuoso como los de Tiro y otros que habían conocido en su periplo, si era solemne y señorial y digno de una reina respetada. Sentada en su trono esculpido en piedra y rodeada de sus sirvientes y guerreros les atendió con honores y agradeció complacida los regalos, los collares de Nadine y los perfumes y extraños inciensos de Samila.

Nada más que reseñar de este encuentro y de esta reina guerrera, cuyas hazañas legendarias se narraron durante muchas generaciones por su gente y cuya sabiduría

contribuyó a cimentar la convivencia entre los dos pueblos, el íbero y el fenicio.

Volveremos a encontrarla en tristes momentos.

Terminada la audiencia, volvieron de regreso a la colonia, a descansar de los muchos acontecimientos que habían vivido en los últimos días.

Hiram había cuidado de que los visitantes se hubieran instalado cómodamente, sin que nada les faltara para su reposo y para que en la colonia se sintieran como en su propio hogar. Para capitanes y mercaderes había acondicionado casas señoriales, de paredes de piedra, para mantener un ambiente fresco, a pesar del calor que en verano hacía allí.

Hadid ocupaba la más noble de todas, como le correspondía por su rango de comandante. Junto a él se había instalado Samila. Hadid necesitaba sentir su compañía cerca y su consejo. Teniéndola a su lado le parecía que, a pesar de todo, el destino podía ser benévolo con él.

Llegaron Licia y Samila a la casa, a guardar las hierbas encontradas en su recorrido. La hechicera tomó la antorcha encendida, colocada en la puerta de la casa pues ya había caído la tarde y encendió con parsimonia las lámparas de aceite que tenía situadas alrededor de la estancia. Licia la observaba mientras ordenaba y guardaba meticulosamente en recipientes de cristales de colores las hierbas que habían recogido. Y admiró la joven extrañada un bronce pulido, colocado en un marco de oro, donde podía ver nítidamente su rostro.

Samila se acercó a ella por detrás, y le preguntó:

—¿Qué ves Licia?

—¿Soy yo esa?

—Sí. Es tu dulce rostro, joven Licia. Lleno de vida. Y con un largo futuro. Y dime ¿Qué más ves?

—Te veo a ti, Samila. Pero...pero...

Licia se volvió y miró a la hechicera, pero su semblante se oscureció y no pudo decir nada más. No se atrevió a decirle lo que había visto en el espejo.

A Samila se le heló la sangre, porque ella ya sabía todo.

Entonces se dirigió a ella y le dijo:

—Mañana temprano, cuando vengas a verme, este espejo será un regalo para ti.

En él sabrás ver misterios ocultos, al igual que yo los he visto, que no a todos les

es dado ver.

Licia pensaba en que Samila era una extraña mujer. Pero su sabiduría era tal que tenía muchas cosas que aprender. Con el tiempo había llegado a sentir por ella un gran afecto.

Poco más hablaron las dos mujeres y, siendo que ya había caído la noche, Licia partió corriendo para su casa.

Poco después de marcharse Licia, se escuchó un tumulto y, con actitud impaciente, el grupo de mercaderes que había navegado en el barco junto a Hadid y algunos de los capitanes se acercaron a la casa y quisieron hablar con él.

Samila los vio entrar y se mantuvo alerta.

—Hadid, ha llegado la hora de que cumplas con tu promesa —le recordó uno de los mercaderes.

—Todo se andará, amigos —les contestó Hadid—. Prepararemos nuestros barcos sin que puedan ser vistas nuestras maniobras y, cuando estén listos, partiremos al anochecer. Pero no podemos precipitarnos o seremos descubiertos.

—No podemos demorar más. Tiene que ser mañana mismo —prosiguió nervioso otro de los mercaderes.

—Si esperamos más tiempo, nuestros planes serán descubiertos —dijo un capitán—. Si averiguan que tenemos los mapas de Román, tendremos que rendir cuentas sobre su paradero. Debemos partir de inmediato.

Hadid se mostró inquieto, por el nerviosismo de estos hombres.

—Nadie debe sospechar que yo tengo esos mapas —continuó Hadid—. Y nadie debe saber el verdadero final de Román y del general Josué. Por eso, debemos encontrar el momento oportuno para preparar los barcos sin despertar sospechas y partir sin ser vistos. Tenéis que ser pacientes. Vuestra inquietud y vuestra prisa nos delatarán.

—Más nos vale que Gamal, su hermano y Aarón, su propio hijo, no descubran jamás tu conspiración, codicioso Hadid —le dijo un mercader con sonrisa irónica—. Tu cuello colgará, en ese caso, del palo mayor de tu mercante.

Todos rieron con esas palabras, menos Hadid, que no pudo contener su enojo. Señalándolos a todos con el dedo, les dijo:

—¡Esta traición se hizo con la participación de todos los que estáis aquí! ¡Todos

vuestros cuellos peligran como el mío, si nuestros planes son descubiertos! —dijo Hadid, elevando su tono—. ¡Todos dejasteis a los barcos de Román y Josué abandonados a su suerte, estrellados contra las rocas y a todos os pareció bien quedarnos con el cofre de los mapas! ¡Todos sois tan codiciosos como yo!

—¡Tengamos la fiesta en paz! —exclamó Tubal, uno de los capitanes—. Ya no falta mucho tiempo para que lleguemos a ese lugar encontrado por Román.

—Sí. Pronto llegaremos a esa secreta entrada en el mar, donde se encuentra el gran río que lleva a la tierra rica en oro y en plata —exclamó un mercader.

—Hadid, la partida tiene que ser inmediata —dijo otro de los mercaderes, mostrando su impaciencia—. No vamos a esperar más.

—¡Dejad la polémica y brindemos con un buen trago de este buen vino! —dijo Tubal.

El grupo de conspiradores, envilecidos por su ambición, asintieron y felicitándose, chocaron sus copas y bebieron hasta que comenzó a rayar el alba y, entonces, volvieron cada uno a sus viviendas a descansar para preparar al día siguiente su salida sigilosa y soñando con riquezas y poder.

Samila había escuchado toda la conversación. Sabía que Hadid confiaba en ella porque, desde el primer día, había conocido toda la verdad y nunca había hablado. En principio fue por sus amenazas. Hadid la había amenazado de muerte, pero pensaba que ella callaría porque era una mujer despechada, rechazada por Román. Con el tiempo se le hizo indispensable su compañía porque le hacía sentirse seguro. Ella era Samila, la hechicera y los tirios la honraban. Realmente creía en sus vaticinios y sentía por ella una mezcla de respeto y confianza, pero también de temor.

Pero Samila sentía sus entrañas devoradas por los remordimientos. La presencia de Aarón, al que a menudo observaba en silencio, le hacía recordar los ojos de Román, ya que tanto se parecían. Y reconocía en él sus gestos, su forma de caminar, siempre con su alforja, cargando al hombro con las herramientas para dibujar los mapas, igual que su padre. Solo esperaba el momento oportuno para que la verdad se desvelara. Y sabía que ese momento había llegado ya. Lo había visto en su espejo, el espejo de las premoniciones. Ya no quedaba tiempo. Buscaría a Gamal y le contaría todo lo que había escuchado. Y le pondría al corriente de los planes de Hadid.

## Capítulo X

### La revelación

A primera hora de la mañana, cuando Hadid había caído rendido por el sueño, tras la marcha de los conspiradores, Samila se acercó a la casa de Gamal.

—Tengo que hablar con Gamal —le dijo a Licia, cuando esta le abrió la puerta y la miró, sorprendida.

Gamal se acercó, al escuchar su voz. También acudieron Yago y Aarón, extrañados con la presencia de la hechicera.

—Dime, Samila, ¿Qué es lo que quieres?

—Conozco un secreto que me tiene un nudo hecho en las entrañas y es hora de que sepas la verdad —contestó Samila.

—Siéntate con nosotros, Samila y cuéntanos —le dijo Gamal.

—Comenzamos nuestra andadura juntos, Gamal. Éramos jóvenes cuando iniciamos nuestro primer viaje. Román, Josué, Hadid, tú y yo y otros más que han ido quedando en las colonias. Hiram y tantos otros.

—Así es, Samila. La vida ha recorrido muchos diferentes caminos —contestó Gamal.

—Pero la semilla del mal, del odio, creció entre nosotros —continuó Samila— Sé que eres noble, Gamal, como lo era tu hermano Román, a quien yo amé durante años.

—Conozco tu triste historia, Samila, desde nuestros años jóvenes. Sé que siempre amaste a Román y que su matrimonio rompió tu corazón.

—Sí. Pero él nunca me amó. Siempre anhelaba volver a Tiro, para encontrarse con su esposa, Talía y sus hijos. Nada había en este mundo que añorase más.

Diciendo esto, dirigió su mirada a Aarón, que escuchaba asombrado sus palabras.

—Continúa, Samila —le dijo Gamal— ¿Qué es lo que nos tienes que decir?

—Cuando Josué y Román, tu padre —dijo, mirando a Aarón— volvieron de su última expedición, nosotros los esperábamos aquí, en Baria. Habían explorado más allá de las puertas del Hades y habían encontrado unas tierras sorprendentes, con unos amables pobladores. Allí no estaba el fin del mundo. Pasando dos grandes montañas, a ambos lados del mar, hay más mar aún, sin final en el horizonte y más tierra y pueblos.

No solo Gamal, Yago y Aarón escuchaban la narración de Samila. Licia y Elisia escuchaban asombradas también, detrás de la puerta.

—Por una entrada escondida, se accedía a otro mar, y de allí a un gran río que los pobladores de aquellas tierras llamaban Tartesso y que, subiendo por su cauce, se llegaba hasta un territorio de gran riqueza en oro. Tanto oro hay allí, que se encuentra sobre la superficie de la tierra y entre las piedras y junto a los caminos. Nos contó también que, el fondo de ese río era de plata y, de tal manera sus aguas brillaban, que quedaron maravillados. Todos esos lugares los dejó Román plasmados en sus mapas.

—Y ¿qué le ocurrió a mi padre, Samila? —le preguntó Aarón.

—Hadid envidiaba el poder y la fuerza de Josué, que era entonces nuestro general. Y desde que conoció la historia de Román, la avaricia y la ruindad se apoderaron de él. Y junto a él, un grupo de ambiciosos mercaderes que ansiaron las riquezas de las que habían hablado. Los engañaron. Hadid se quedó los mapas de Román y, con sucias artimañas, los llevaron navegando a un lugar de arrecifes que habían descubierto mientras esperábamos su regreso. Habían dañado sus timones, de tal manera que no pudieron maniobrar y se hundieron y perecieron, delante de sus ojos, junto con sus fieles tripulaciones.

—Sus barcos fueron encontrados destrozados entre unas rocas, hundidos por una tormenta —dijo Gamal, levantándose y golpeando en la mesa con ira—. Eso fue lo que nos aseguró Hadid.

—¡Él tiene las pertenencias de mi padre! —gritó Aarón—. ¡Por eso llevaba su

amuleto, el medallón que le regaló mi madre y que tanto apreciaba! ¡Con mis manos se lo arrancaré del cuello!

—Hay algo más que debo contaros —continuó Samila—. Anoche escuché una conversación de Hadid con esos mercaderes y tres de los capitanes, cómplices también.

—Prosigue —le dijo Gamal.

—Anoche escuché —continuó Samila— que tienen la intención de partir con sus barcos, en secreto, guiándose con los mapas de Román.

Gamal, furioso, exclamó:

—¿Y quiénes son esos tres capitanes, Samila?

—Los capitanes que hacen estos planes con Hadid y sus mercaderes son Tubal y los hermanos asirios. Tú bien los conoces.

—Sí, los conozco. ¡Yo mismo atravesaré con mi espada a esos desalmados!

—¡Ese Hadid va a pagar por lo que ha hecho! —gritó Aarón.

Mientras tanto, Licia y Elisia escuchaban asombradas detrás de la puerta, mirándose a los ojos y sin mover un músculo de sus cuerpos.

—Espera, Gamal —le pidió la hechicera. Debes tener cuidado con estos traidores. Su ambición y su vileza los ciega. No debes acercarte a ellos. Eran tus hermanos, pero ahora te odian, porque te temen.

—Samila tiene razón —contestó Yago—. Hablaremos con el gobernador y con el consejo de capitanes y tendrán que ser juzgados y pagar por su infamia.

Yago puso su mano en el hombro del joven Aarón y se dirigió a él.

—Serénate, Aarón. Debe ser el consejo quien los juzgue y determine su castigo.

Aarón por un momento calló, considerando que su primo había hablado con sabiduría, aunque tuvo que controlar un fuego que se había encendido en su interior.

En ese momento Samila, sin poder evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos, se incorporó de su asiento y les dijo:

—Yo ruego a los dioses y a vosotros el perdón. Mi destino está escrito. Que los dioses os acompañen y os protejan —les deseó.

Y dicho esto, se marchó, dejando a Gamal y a los jóvenes aturridos con todo lo que acababan de escuchar.

Samila volvió a casa, sintiendo que se había quitado de su alma un gran peso. La hechicera caminaba satisfecha. El sol estaba alto y radiante. Era un día claro, sin nubes.

Observaba el mar a su paso. La arena blanca y fina y a lo lejos se divisaban unos majestuosos acantilados. Pensaba que aquel era un hermoso lugar para quedarse para siempre. La brisa del mar le traía un olor que le recordaba las tierras de Tiro.

Cuando entró en la casa se encontró con Hadid, sentado frente a la puerta. Diríase que la estaba esperando.

—¿De dónde vienes Samila? —le preguntó.

Ella le miró serenamente a los ojos, pero no pronunció palabra.

Hadid se incorporó, se acercó a ella y agarrándola con una mano del tocado, le acercó la boca a su oído y le dijo:

—Ya sé que me has traicionado.

Ella continuó en silencio.

—Te vi salir esta mañana. Sé que has ido a visitar a Gamal —insistió Hadid, apretando con su mano el cabello de la hechicera, amenazante.

—Tu hora ha llegado, Hadid, al igual que la mía —contestó Samila, tranquila.

Hadid sacó entonces su puñal, con la empuñadura de oro con filigranas y se lo clavó en el vientre, con un movimiento tan rápido que ella apenas pudo reaccionar. Samila cayó al suelo lentamente, con la mirada perdida.

El infame general la dejó tumbada sobre un charco de sangre. Al ver lo que había hecho, y pensar que en poco tiempo sería descubierto, corrió a avisar a sus capitanes.

—¡Debemos actuar ahora! —les dijo—. No podemos esperar a esta noche. Avisad a los mercaderes que preparen los barcos. ¡Partimos ahora!

—¿Qué ha pasado, Hadid? ¿Por qué de repente tanta prisa? —preguntó Tubal.

—Esa hechicera, nos ha delatado —explicó Hadid—. Es cuestión de poco tiempo que vengan a por nosotros y nos culpen de la muerte de Román y de Josué.

—¡Maldita bruja! —exclamó Tubal.

—¡Corred a por los mercaderes! —repitió Hadid, dirigiéndose a los asirios. Mientras estos corrieron a preparar la huida, Tubal se quedó con Hadid, para recoger los mapas.

Mientras tanto, Gamal había quedado muy afectado por todo lo que había escuchado ya que, siendo un hombre de nobles principios, no podía aceptar las ruines acciones que había cometido Hadid. Aunque su sensatez le decía que debía obrar con cautela y esperar a que fuera el consejo de la colonia quien detuviera a Hadid y juzgara



sus actos, se encontraba fuera de sí y, en un arrebató de furia que no fue capaz de contener, tomó su espada y se dirigió en busca de su antiguo amigo. Quiso escuchar su confesión de su propia boca.

Se encontró con él justo en el momento en el que este partía con el capitán Tubal, con el cofre de los mapas bajo el brazo, en busca de los barcos.

—Buen día tengas, Gamal —le dijo Hadid al encontrarlo de frente, sintiendo un vuelco en el corazón— ¿Es que vienes a buscarme que te veo a las puertas de mi casa?

—Quiero mirarte a los ojos, Hadid, y quiero oír, con tus propias palabras, la verdad de la muerte de mi hermano —le dijo.

Por un momento Hadid sintió que le temblaban las piernas y vaciló.

Entonces Tubal, por la espalda, asestó a Gamal, a traición, una puñalada mortal.

Al general se le heló la sangre. Pero al momento Tubal le gritó:

—¡No vas a flaquear ahora Hadid! ¡Vamos a cumplir nuestro propósito!

Y los dos corrieron en dirección al puerto, donde ya habían llegado el resto de sus cómplices, que los esperaban para partir. Con sus tripulaciones preparadas, levaron anclas y los tres capitanes, en sus tres barcos y con los mercaderes y el general Hadid, se dirigieron hacia alta mar, a golpe de remos para una vez alejados de la costa, desplegar las velas. Y de esta manera, marcharon en búsqueda de las ricas tierras escondidas que habían encontrado Josué y Román, más allá de las puertas del Hades. Y es que estos exploradores fenicios habían descubierto que, de nuevo, las leyendas estaban equivocadas.

Mientras ocurrían estos hechos, Aarón y Yago habían convocado a su gente, para ponerlos al tanto de las confesiones de Samila. Joram que había escuchado el relato, pensó que ya era la hora de que se supiese la verdad y de que quien hubiera hecho un mal pagara por ello.

Pero no les era fácil entender que, aquellos hombres con los que habían compartido tantas horas, tantos sueños y tantos peligros, hubieran sido capaces de tanta traición. Y menos podrían entender cuando, poco después, vieron hasta dónde habían sido capaces de llegar por culpa de su ambición.

Por un momento, Yago tuvo un mal presentimiento.

—Aarón —preguntó— ¿No has visto a mi padre?

El veterano Gamal no estaba entre ellos y se temieron lo peor.

Partieron inmediatamente en su busca, suponiendo que, guiado por un impulso, se habría dirigido al encuentro de Hadid. Al llegar a su casa se encontraron que eso había sido, por desgracia, lo ocurrido. Lo encontraron malherido, tendido en el suelo.

—¡Padre! ¿Cómo has corrido tan imprudente a enfrentarte solo a este infame? —se lamentó Yago, incorporándolo entre sus brazos.

—Lo hecho, hecho está, Yago. No he podido escapar de mi destino —le contestó.

—Curaremos tu herida —le dijo Yago.

—Conozco las heridas, hijo. Esta me llevará en breve a reunirme con mi hermano y con mis antepasados.

Yago pudo observar cómo sangraba abundantemente. También él conocía las heridas y sabía que de esta no se salvaría.

—Escucha, hijo—continuó Gamal—. Ahora el barco es tuyo. Tú lo guiarás, según era nuestro propósito. Hasta donde tú llegues, será como si yo también llegara contigo.

Joram apoyó su mano en el brazo del joven, para hacerle sentir su respaldo.

—Así lo haré —le contestó Yago.

A los pocos instantes el capitán inclinó la cabeza y exhaló su último aliento. Yago le cerró los ojos.

En ese momento Licia recordó las palabras de Samila, de la noche anterior y tuvo un mal presagio. Corrió hacia el interior de la casa, gritando el nombre de la hechicera.

Elisia pensó que nada bueno había ocurrido, y corrió detrás de ella.

Entonces Licia encontró a Samila en el suelo, desplomada.

—¡Qué día oscuro es el de hoy! —exclamó, al ver el cuerpo empapado en sangre.

—¡Despierta, Samila! ¡No me dejes sola! —gritó abrazándose a ella.

Elisia vio la herida que tenía en su costado y comprendió que ya nada podía hacerse.

—¡Despierta, Samila! —continuaba Licia, agitándola, como si así pudiera devolverla a la vida.

Elisia intentó consolarla, pues sabía que estaba unida a ella con fuertes lazos y entendía su dolor.

—Vamos, Licia. Ya se ha ido y nada podemos hacer. Era una mujer con un triste sino. Consuélate y no llores.

Licia, entonces, recordó las palabras de la noche anterior y comprendió el significado de lo que la hechicera quiso decirle. Se levantó y recogió el espejo de Samila, envolviéndolo cuidadosamente en su túnica y, abrazándolo, se lo llevó.



## Capítulo XI

### El reencuentro en tristes momentos

𐤀 𐤓𐤓𐤕𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕  
𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕  
𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕  
𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕  
𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕 𐤕𐤓𐤕

*Epitafio (extracto). Alfabeto fenicio. Sarcófago de Tabnit.*

*Museo arqueológico de Estambul. Siglo V a.C.*

*“Quien quiera que seas, hombre que pudieras encontrar este sarcófago,*

*no lo abras y no me molestes,*

*No hay plata conmigo, ni oro, ni nada de valor.*

*sólo yo estoy aquí tumbado.*

*No lo abras y no me molestes”*

Nunca se había visto en aquellas tierras un acto tan solemne como los funerales del capitán Gamal y de Samila, la hechicera.

Participaron, no solo todos los navegantes tirios, mercaderes y guerreros, artesanos y capitanes y todos los habitantes de la colonia, sino también vecinos íberos pues, hasta muy lejos había llegado la noticia de los tristes acontecimientos y del luto de los fenicios.

También la reina Basti, acompañada de su séquito y de muchos de sus súbditos acudió, con aspecto grave, vestida de negro, para acompañarlos en su duelo y para honrar a los difuntos y despedirlos de la más honorable de las maneras.

Los honores se prolongaron durante varios días, durante los cuales, los

cinceladores y talladores prepararon los bellos sarcófagos de piedra donde descansarían los cuerpos, en su sueño eterno. Como era costumbre, fueron envueltos en sudarios y cubiertos con finos aceites aromáticos, como correspondía a los nobles.

A Gamal y a Samila los enterraron en sus sarcófagos, el uno al lado de la otra pues, aunque de todos era sabido las circunstancias de sus vidas, también estuvieron de acuerdo en que los dos se sentirían acompañados, haciendo ese viaje juntos, pues se respetaban y apreciaban.

A Aarón, como escriba, le correspondía grabar el epitafio en la gran losa que se colocaría sellando la puerta de acceso al recinto sagrado, donde ya se encontraban otros de los cananeos fallecidos en estas tierras, sobre una colina que se erguía cerca del mar.

El día del entierro, el cortejo partió desde la ciudad, recorriendo la costa hasta el lugar elegido, donde se realizaría la ceremonia y donde ya estaba todo preparado. Allí se les colocaría mirando hacia el este, hacia donde nace el sol cada mañana y en dirección a las tierras de Tiro.

Yago sentía un gran dolor por la pérdida de su padre y fuertes deseos de venganza, pero, era consciente de que la vida continuaba. Continuaban los viajes, los descubrimientos de nuevos lugares, la creación de nuevas colonias y el comercio. Esa era la vida de su pueblo y así seguiría. Eso era lo que había prometido a su padre.

Ahora sería él el nuevo capitán de su barco y sentía sobre sus hombros la responsabilidad de conducir a su gente a su destino, manteniéndolos a salvo y unidos como una familia.

Elisia acompañó a Yago en todo momento, pues se veía enternecida por la pena del joven. A él le correspondía presidir la ceremonia y junto a él toda su gente.

Y delante de la multitud congregada, a un lado, Hiram, el gobernador y su esposa y, al otro lado, Basti, la joven reina guerrera de los íberos.

Se realizaron los ritos, se colocaron los ajuares y se hicieron las ofrendas a Melkart, el dios de Tiro, rey del inframundo y protector del Universo.

Se tocaron tambores, con toque lento y solemne y se entonaron tristes cánticos. Después un largo silencio.

Y fue en un momento al final de la ceremonia, cuando un hombre fornido, de gran altura, se abrió paso entre la multitud para acercarse a Yago. Entre unos y otros

apareció la figura de un hombre corpulento, diríase que casi un gigante. De poderosos músculos y largos cabellos, con una piel de león que le cubría la cabeza y los hombros y una enorme maza en una de sus manos. Llevaba también, cargado a la espalda un arco y flechas.

Ese personaje ya era conocido y querido por los fenicios, que sintieron una gran alegría al advertir su presencia.

Con la puesta del sol terminaron las exequias y, fue en ese momento en el que se acercaron a abrazar a Heracles, agradecidos de que hubiera acudido a despedir él también a Gamal y a Samila.

—La alegría de encontrarte entre nosotros es un gran consuelo, en medio de tanto dolor —le dijo Yago.

—El destino desencadena acontecimientos crueles en la vida de los seres humanos —contestó Heracles—. La ambición suele llevar a los hombres a ejecutar las acciones más viles. Lamento la muerte de Gamal, tu padre, un hombre que siempre actuó con nobleza y lamento también la muerte de la infortunada Samila. Los causantes de tanto mal no hallarán paz para sus almas y su suerte será acorde a su crimen.

Y dirigiéndose a Aarón, continuó:

—También revives ahora tú el dolor de tu pérdida, al saber la verdad de lo ocurrido.

—Siento que haya tenido que ser en estos momentos tan tristes el haberte encontrado otra vez —le contestó Aarón.

—Tomad de nuevo ánimos, amigos —insistió Heracles —porque he venido, además de para mostraros mi apoyo en estos momentos, para acompañaros en vuestro viaje, que sé que estáis preparando para los próximos días.

Los fenicios recibieron la propuesta con sorpresa y con entusiasmo, ya que, ¿quién mejor que Heracles, su protector, el héroe, hijo del dios Zeus y la reina Alcmena, para acompañarlos en su siguiente trayecto?

—Hadid ha partido con sus capitanes hacia las tierras del poniente, pero su rastro quedará en el olvido —les dijo Heracles—. Seréis vosotros los que, con las siguientes hazañas que vais a realizar a mi lado, seréis recordados por los siglos que están por venir.

Las palabras de Heracles los dejó a todos asombrados.

—Tengo que cumplir con otro de los trabajos que me encomendó el oráculo de Delfos, para redimir mi culpa —continuó el héroe—. Tengo que buscar al monstruo Gerión. Quisiera hacer este viaje con vosotros.

—Nuestro barco, el que ahora voy a capitanear por la falta de mi padre, será tu hogar si es que eso es lo que deseas —le dijo Yago—. Será para nosotros un honor contar con tu presencia.

Todos estuvieron de acuerdo en que la compañía de Heracles, el protector de su pueblo, en este viaje sería una bendición de los dioses.

De nuevo se encontraban preparando la siguiente etapa. En esta ocasión solo algunos de los barcos continuarían con el periplo ya que, tal como lo tenían previsto, muchos de los fenicios que habían llegado a Baria se quedarían en la colonia.

Echarían de menos a Adar, el poeta, que decidió quedarse con su hermana y quizás, con el tiempo él mismo tendría aquí su propia familia.

Adar había descubierto que este pueblo de los íberos era muy amante de la poesía y de la música y pensó que sería un buen lugar para inspirarse componiendo nuevas canciones. Sería una buena mezcla, por un lado, las melodías de la lejana Ugarit y por otro, los ritmos de tambores y flautas que tocaban estas gentes.

—¡Cuánto me faltarán tus canciones y la dulce música de tu arpa, en las largas y solitarias horas agarrando el timón! —le dijo Tiflis, el timonel, cuando se despedía de él.

—Yo también te echaré de menos, compañero —le contestó Adar.

—No te preocupes, Tiflis —le dijo Licia— yo también sé cantar canciones y me sentaré a tu lado y cantaremos juntos, para que no te sientas solo.

—Gracias Licia —le dijo—. Sé que puedo contar contigo.

—Y yo también me sentaré contigo —le dijo Nadine—. Ahora Caleb y yo tenemos que pasar muchas horas fabricando más collares y colgantes ¡porque todos los que teníamos se los han quedado las mujeres de Baria! También nos sentaremos a tu lado para acompañarte.

—Vuestras joyas son tan hermosas y tan delicadas que no hay mujer que no las quiera llevar en su tocado —dijo Elisia.

Nadine pensó que el próximo collar que fabricara sería para regalárselo a Elisia.

Además de las joyas que harían Caleb y Nadine, prepararon para comerciar en



este viaje sus géneros habituales: las telas, las vajillas y vasos de cristales de colores y sus quesos y el vino de Canaán.

Todo lo que sabían ahora del lugar al que se dirigían los llenaba de emoción. ¡Cómo era posible que lo que siempre habían pensado que era el fin del mundo ahora resultaba ser el comienzo de otro mundo nuevo! ¡Y qué tierras asombrosas serían esas que había descubierto Román y quiénes eran esas gentes que los esperaban para intercambiar sus mercancías!

Heracles tendría que contarles cual era ese trabajo que tenía que cumplir en ese destino, encargado por el oráculo de Delfos y cuáles eran las hazañas a las que se había referido, que habrían de realizar ellos, tales que serían recordados por los siglos venideros. Y es que estos fenicios no podían saber entonces que sus viajes por mares desconocidos, su intercambio de mercancías con pueblos de un extremo al otro y los vínculos que establecieron con ellos dejarían una huella tal que, aunque perdida en la noche de los tiempos, contribuiría a construir las bases de la convivencia pacífica, del intercambio entre culturas y de la transmisión del conocimiento en la historia de la humanidad. Todo eso es lo que perduraría de ellos. ¿Cómo podían imaginárselo?

A los pocos días ya estaban de nuevo en alta mar.

Finalmente, solo cuatro barcos, de los más veloces, habían partido, junto con sus tripulaciones. El de Yago, el de la capitana Cela y otros dos más, con sus capitanes. Los acompañaron los más aguerridos y fuertes guerreros, como hacían siempre que marchaban para abrir nuevas rutas. En esta ocasión tenían que navegar, sin perder de vista la costa, hasta llegar al paso en el que se encontraban las dos grandes rocas legendarias, una a cada lado del mar.

Como era su costumbre, Aarón se subía a la cofa y dibujaba en los papiros todo cuanto pasaba por delante de sus ojos.

Sin perder de vista la costa se asombró un día de ver a lo lejos, una mañana, unas montañas de gran altura que, a pesar de ser la época más cálida del verano y a pesar de estar tan cerca del mar, se veían con nieve en sus cumbres. Y así, tal como las vio, las dibujó.

Y de igual manera Licia dibujaba las costelaciones y los seres mágicos que representaban cada una de ellas.

La caída de la tarde era el momento en que se sentaban en la cubierta a comer y

beber y contar sus historias. Tenían muchas cosas de las que hablar, pues los últimos acontecimientos habían supuesto para ellos un gran cambio en sus vidas.

Recordaban en sus conversaciones a Gamal, el capitán. Sus historias, sus hazañas y los buenos momentos que habían pasado junto a él. Yago, su hijo, ocupaba ahora su lugar. Se había ganado el respeto de su tripulación y se sentían seguros con él porque era hábil en la navegación, prudente y les había demostrado en muchas ocasiones que estaba dispuesto a dar su vida por su gente.

Y Yago se apoyaba en la experiencia de Joram, el jefe de los guerreros y los exploradores. Con él a su lado se sentía reconfortado y firme.

Licia recordaba a Samila, la hechicera. Había sido su maestra en elaboración de infusiones medicinales, perfumes y ungüentos. Le había enseñado a fabricar remedios para los dolores y bálsamos para las heridas. Y también había recibido el regalo de su espejo, donde podía ver la otra cara de las personas, lo que está oculto a la primera mirada. Ella, más que nadie, la echaría de menos.

La presencia de Heracles en el barco los turbaba. Era el héroe reconocido como protector de los fenicios. Sentían curiosidad por saber sobre sus famosas hazañas, sus aventuras y sobre el propósito del viaje que había emprendido junto a ellos. Había muchos días por delante para hablar y escuchar.

Heracles, conocedor de esta curiosidad, les relataba cada noche sus historias: sobre la piel que llevaba a sus hombros, que pertenecía a un salvaje león que aterrorizaba a los habitantes de un pueblo llamado Nemea. Ese fue el primer trabajo encomendado por el oráculo de Delfos. Él mismo había acudido para suplicar por el perdón. El oráculo le había encomendado, para la expiación de su culpa, el cumplir con doce trabajos, a cuál más dificultoso. La piel del león de Nemea era tan dura que le protegía de las armas de sus enemigos. Otro día les relató cómo tuvo que matar a la Hidra, el monstruo de nueve cabezas, para salvar a los habitantes de Argos, aterrorizados por su brutalidad. Cada vez que cortaba una de sus cabezas le volvía a crecer, aún más fuerte y feroz que la anterior. Su sobrino Yolao tuvo que ayudarlo, sellando con fuego las heridas abiertas del monstruo. Solo así logró acabar con ella. Con la sangre venenosa de la Hidra ungía sus flechas, para hacerlas más mortíferas.

Elisia se preguntaba por las razones de la solitaria y atribulada vida de Heracles,

que, a pesar de su fortaleza, de su valor y su nobleza, le parecía un héroe desvalido y apesadumbrado. Una noche le preguntó por las razones por las que debía buscar su redención. Cuál había sido el mal que había hecho, cuya culpa necesitaba expiar.

Pero el héroe reusó contar su historia.

—Elisia—le dijo—. Esa es una historia tan triste que jamás podrá ser contada.



## Capítulo XII

### El Fin del Mundo

Varias jornadas llevaban navegando agradablemente, con buena temperatura, aunque las mañanas eran brumosas, cuando, por fin, un día que había amanecido claro, creyeron divisar a lo lejos las esperadas dos rocas.

Y eso gritó el marinero que se encontraba en la cofa del primero de los barcos:

—¡Las rocas! ¡Las rocas!

¡Las legendarias rocas del fin del mundo! Allí se aproximaban, delante de sus ojos. Aunque ya sabían que aquel no era el final, aquellas rocas eran una puerta que daba entrada a un nuevo universo, que ahora habrían de conocer.

Conforme se acercaban, arreciaba el viento y se percibía que la corriente arrastraba a los barcos con más fuerza. Todos los fenicios estaban en cubierta, contemplando el paso y sintiendo la velocidad, con el viento en la cara y el cabello alborotado. Absortos con sus pensamientos en el significado del tránsito que estaban realizando a lo largo de ese estrecho que separaba dos mundos, perdieron la noción del tiempo.

En un momento, vieron cómo las costas se separaban y se encontraban ante un mar que se abría inmenso delante de sus ojos. ¿Quién les aseguraba que de haber seguido hacia adelante no se hubieran podido precipitar en el abismo?

En el barco de Yago, Heracles ya sabía hacia dónde debían dirigirse y, así, una vez atravesado el estrecho, tomaron rumbo hacia estribor, bordeando la costa, en dirección al norte. Ya no faltaba mucho para llegar a su destino.

Recorrieron largas playas de arenas blancas, hasta que, al cabo de varios días se

acercaron a unas islas.

—Esta es nuestra parada —dijo entonces Heracles—. Esta es la isla llamada Eritea. Las otras que se ven a lo lejos forman el archipiélago llamado las Gadeiras. Es aquí donde debemos detenernos y levantar nuestro campamento.

Heracles cogió su maza, el arco y las flechas y se echó sobre los hombros la piel de león.

—Vosotros debéis esperar aquí. A dónde voy no podéis acompañarme —les dijo.

Los fenicios echaron las anclas y pisaron tierra. Observaron el lugar. Mientras esperaban a Heracles recorrieron los alrededores y se sintieron como en casa. Soplaban un fuerte viento de levante. El mismo viento que los había llevado a gran velocidad por el estrecho que acababan de recorrer. Este viento les traía recuerdos de su tierra de Tiro, pues soplaban desde allí, y pensaron que esa era una buena señal.

Decidieron hacer una ofrenda a Melkart, dios del mar, de la navegación y del comercio, ya que los había traído hasta este bello lugar sanos y salvos, a pesar de las dificultades y las pérdidas que habían sufrido a lo largo de todo el viaje y también harían ofrendas a Astarté, la madre naturaleza, diosa de la vida y de la fertilidad, para consagrar los días que estaban por venir en estas tierras.

Licia, que había aprendido de la desventurada Samila las artes de las ceremonias y los rituales, supo ver la magia de este lugar y mandó colocar las piedras, como era costumbre, para construir un altar y realizar las ofrendas quemando inciensos y hierbas aromáticas, como hacía Samila, a la hora del ocaso. Mientras ardían las hierbas, todos agradecían los bienes concedidos y pedían sus más profundos deseos. Elisia acudió a ayudar a Licia, porque también estaba familiarizada con estos rituales y porque estaba especialmente interesada en pedir ella también un deseo. Esa fue la primera puesta de sol que vieron en este lugar, pero vendrían muchas más.

Y esta sería la primera piedra de un templo que construirían en esta isla unos años más tarde, dedicado a Melkart, y que perviviría durante muchos siglos, hasta que un día, no se sabe por qué, quedaría enterrado para siempre. Dicen los historiadores que este templo fue tan monumental y tan rico como el de Tiro. Y es que lo hicieron aquí estos fenicios para tener siempre presente el recuerdo de su tierra. Hoy en ese lugar se encuentra el castillo de Santi Petri y son muchos los que, hasta hoy en día,

buscan en sus alrededores y aún en el fondo del mar, para encontrar los restos del antiguo templo de Melkart, en el que debían estar escondidos tantos tesoros.

También a Astarté construyeron un tiempo después un santuario, en la isla de este archipiélago llamada Gades, en el interior de una cueva.

Yago no podía quitarse de la cabeza la venganza que tenía pendiente con Hadid.

—Siento la presencia de esos traidores por estas aguas—le dijo a Aarón. Deben andar cerca. Cuando regrese Heracles iremos en su búsqueda.

—Pagarán con su vida —le contestó Aarón.

—Es lamentable cómo se deshonor la memoria de un ser humano por el recuerdo de sus iniquidades —continuó Yago.

—Así es —le contestó Aarón—. Deberán saldar sus deudas y yo recuperaré las pertenencias de mi padre y sus mapas.

Entonces Yago se dio cuenta de que ya no odiaba a su primo y se alegró. Se alegró de ver que Licia y él eran felices juntos y pensó que parecía que estaban hechos el uno para el otro. Ya no sentía celos. Al contrario, lo sentía, más que nunca como parte de su familia. Y había aprendido que a las personas no se las puede poseer.

Muchas cosas habían ocurrido desde su salida del puerto de Tiro. Le parecía que habían comenzado casi niños y ahora, podía sentir que todos se habían hecho adultos, con todas las vivencias por las que habían pasado.

Y había algo más que le hacía olvidar el odio que sentía por Aarón y los celos de Licia. Sentía una gran admiración por Elisia. Veía su belleza exterior, pero también la interior. Su presencia le cautivaba. Desde que había llegado, cada vez que sus miradas se cruzaban se sonreían. Pero ¿debía decírselo? Nada más que de pensarlo sentía que las piernas le temblaban. Y tuvo una idea. Fue a hablar con Nadine.

Aprovechó un momento en que la vio sola, que no era fácil pues Caleb no se separaba de ella y se acercó.

—¿Qué te parece este sitio, Nadine? ¿Te gusta? —le preguntó.

Nadine se extrañó de la pregunta.

—Pues, sí. Es un bonito lugar—le contestó.

—¿Y os gustaría estableceros aquí a Caleb y a ti? ¿Crees que es un buen sitio para formar vuestra familia?

—Tendremos que mirar tierra adentro, para ver que tal son los pobladores que

encontremos —continuó—. Pero tiene una hermosa luz y apacibles paisajes.

—¿Y tú crees que yo podría tener aquí también mi propia familia?

Nadine entendió entonces lo que Yago trataba de decirle. Se sonrió y, mirándole a los ojos, le dijo:

—Elisia estaría muy feliz si tú le propusieras tal cosa.

Yago se desconcertó con estas palabras.

—¿Cómo sabes que amo en secreto a Elisia?

—Porque ese secreto no es solo tuyo, Yago. Todos sabemos ya que amas a Elisia.

Y además ella se alegrará cuando se lo digas.

—¿Entonces crees que debo hablar con ella?

—Claro. Debes hablar con ella cuanto antes.

—Pues...Quiero que me des el más bonito de tus collares, Nadine. Es para un regalo.

—Creo que es una buena idea —le contestó.

Nadine le buscó un colgante de filigranas de plata que acababa de hacer y con el que se había esmerado.

—Este le gustará —le dijo. Y, con una amable sonrisa, se lo dejó en las manos.

Era una hermosa noche de verano y se respiraba la brisa salobre del mar.

Yago buscó a Elisia, y la encontró sentada junto a unas rocas. Se acercó a ella intentando hacerse de fuerzas para lo que tenía que decir. Fue inútil porque, al encontrarse a su lado, su boca enmudeció. No hubiera sabido apreciar cuánto tiempo había pasado, si mucho o poco. Solo se miraban y sonreían en silencio. Hasta que, apartándole suavemente el pelo, le colgó al cuello el collar de plata.

Elisia se sintió feliz. El deseo que había pedido a Astarté se había cumplido. En ese momento ya no necesitaron las palabras. Se deleitaron de la noche, de la brisa y del eco del mar hasta que clareó el día.

Mientras tanto, Heracles había acudido a cumplir con el décimo de los doce trabajos encomendados por el oráculo de Delfos. Aunque no es el objeto de esta historia, baste relatar cómo Heracles debía robar, como una prueba de su valor, el ganado de vacas y bueyes del gigante Gerión, de tres cuerpos y tres cabezas, fiero y cruel.

Consiguió cumplir con su cometido y, dejando vacas y bueyes a buen recaudo



preparados para llevárselos, se dispuso a reunirse de nuevo con los fenicios para despedirse de ellos y seguir cada uno su camino.

Fue entonces cuando Gerión, lleno de ira, corrió a buscarlo y se enfrentó con él, con la fuerza y la violencia de su triple cuerpo, para vengarse de él. Las leyendas dicen que arrancó un olivo de cuajo para golpear con él a Heracles y que este, para defenderse, cogió su arco y una de sus flechas envenenadas con la sangre de la Hidra y, con tanta fuerza se la lanzó al gigante que de una vez le atravesó las tres cabezas.

También se cuenta que, de la sangre de Gerión nacieron los dragos, unos árboles legendarios de tres troncos y tres raíces, cuya salvia roja era la misma sangre de este monstruo.

Agotado Heracles y triste por su sino, que le obligaba a tener que recurrir siempre a la violencia para cumplir los designios de los dioses cuando su naturaleza era bondadosa y pacífica, se dirigió al campamento de los fenicios, a descansar junto a su pueblo amigo.

Cuando lo vieron llegar, corrieron a su encuentro. Y se extrañaron de verlo tan abatido.

Licia le invitó a sentarse en un asiento cubierto con pieles y Elisia le ofreció un vaso hidromiel, la bebida que había aprendido a fermentar durante el tiempo que fue esclava en las Islas de la Miel. Así comenzó a sentirse reconfortado.

Como ya llegaba la noche encendieron un fuego y todos se sentaron alrededor, dispuestos a pasar juntos la velada.

Yago preparó un gran paño que extendieron en el suelo con frutos secos, quesos y todo tipo de manjares. Sacaron también una buena jarra de vino de Canaán, y de todo esto rindieron buena cuenta entre todos.

Entonces Heracles se dirigió a ellos y les dijo.

—Ya llegó la hora de nuestra despedida, ahora tenéis que seguir vuestro propio camino y yo el mío.

—Nos alegraremos cuando te volvamos a ver, Heracles —le dijo Yago.

—No, Yago —le contestó—. Ahora ya no vendré más a vuestro encuentro, porque la senda que tenéis que recorrer ya deberéis andarla solos, por vosotros mismos.

—Tu compañía nos ha traído paz porque eres nuestro héroe protector —dijo el guerrero Joram que, aunque era un hombre de pocas palabras, quiso mostrarse sincero

con su benefactor.

—El tiempo de los héroes ha pasado para vosotros —contestó Heracles—. En este lugar os estableceréis y encontraréis un pueblo hermano, con el que estrecharéis lazos y seréis tan parecidos que os confundirán con ellos. Siguiendo el cauce del río Tartesso, que se encuentra atravesando un pequeño mar, más allá de estas islas, llegaréis a una ciudad que forra las paredes de sus casas con oro.

Allí os quedaréis.

—Pero ¿por qué no volveremos a verte? —le preguntó Licia—¿Es que no nos amas? ¿No te encuentras feliz entre nosotros?

—Claro que sí, Licia. Pero yo pertenezco al mundo de los dioses y vosotros al mundo de los seres humanos, los que habréis de cimentar y construir vuestra propia historia. Lo habéis hecho hasta ahora, con mi ayuda, pero a partir de ahora, lo haréis con vuestras propias hazañas.

Y dirigiéndose a Aarón, le dijo:

—Has realizado tu cometido con diligencia. El primer paso para conocer el mundo en el que vivís como seres humanos es trazarlo, plasmar su forma, sus mares, sus montañas y sus ríos. Tus periplos serán utilizados por viajeros y navegantes durante muchos siglos que están por venir. Muchos más lugares recorrerás y luego seguirán tus hijos y los hijos de tus hijos.

Todos escuchaban las máximas de Heracles, conscientes de que serían las últimas que escucharían de su boca.

Y Heracles continuó:

—Tú piensas que no podías entender a tu padre, cuando se te presentaba en sueños y te hablaba.

Aarón se quedó sobrecogido cuando escuchó estas palabras. ¿Cómo podía saber de su sueño, que tanto le turbaba noche tras noche?

—Cierto es que no podías entenderlo con tu mente. Pero sí lo descifraba tu espíritu, porque lo que tu padre te ha transmitido durante todo este tiempo es todo lo que él aprendió para elaborar esos mapas que tú has hecho, al igual que él. Los mapas de tu padre no los tiene Hadid. Eres tú el que los tienes en tus papiros, pues están hechos tal como él los había hecho antes que tú.

Aarón escuchaba confundido esta revelación.

—Y, puesto que ya has llegado hasta donde él llegó, ya no habrá de venir más a ti —le dijo.

Y dichas todas estas cosas y algunas más bebieron y comieron hasta que cayeron rendidos y durmieron apaciblemente.

A la mañana siguiente Heracles se había marchado.



## Capítulo XIII

### La decisión final

*“...Era tan abundante la plata que los fenicios sustituían las anclas de plomo de sus naves por otras de plata después de que no cabía ya más plata en los buques y todavía sobraba gran cantidad de dicho metal”, (Diodoro V, 35, 4-5)*

Recogieron de nuevo el campamento y cargaron los barcos, que se encontraban fondeados a pocos metros, para dirigirse en búsqueda de ese río Tartesso, el que les había indicado Heracles y que estaba en los mapas de Román. Ahora por fin habían llegado a su destino. Buscarían la ciudad junto a la que habrían de establecerse.

Las piedras del altar de sus dioses se quedarían allí. Pensaban que pronto volverían, porque este era el paraje en el que habían celebrado su llegada por primera vez y donde había tenido lugar el comienzo de su historia en esta parte del mundo. Aquí es donde se habían despedido de su protector para siempre y donde comenzaban su andadura para fundar una nueva colonia. La primera detrás de las puertas del fin del mundo.

Y así se repartieron cada uno en sus naves.

—¡Vamos, marcad el ritmo! —gritó Tiflis, agarrado a su Timón.

El viento había amainado, así que emprendieron la marcha a golpe de remos, a buen ritmo, pero tranquilamente.

En estos momentos todos estaban ya pendientes del trayecto. Ni siquiera Caleb y Nadine que jamás paraban su trabajo, quisieron perder de vista ni un detalle de aquellos parajes.

—A las dos grandes rocas que nos han dado paso a esta parte del mundo las llamaremos las Columnas de Heracles, ya que fue él quien nos indicó el camino —dijo Elisia, que pensaba la gran ayuda que había sido para ellos la compañía del héroe.

—Con ese nombre las recordaremos para siempre y así lo escribiré en los mapas —dijo Aarón

—Justo es que esa puerta lleve su nombre —continuó Yago—. Apareció justo en el momento en el que nos vimos perdidos, huérfanos, traicionados por nuestro general. En el momento en el que más flaqueaban nuestras fuerzas.

—Pero ahora somos fuertes —contestó el bueno de Joram.

—Sí, Joram. Ahora somos fuertes —le contestó Yago.

Elisia entonces agarró la mano de Yago. Ya no tenía deseos de volver a su tierra, a Sidón. Estaba dispuesta a quedarse donde le llevara su destino. Se sentía feliz junto a Yago. Ella también era de sangre de navegantes.

Era una mañana tranquila de verano. El sol brillaba fuertemente y el cielo tenía un azul profundo. La brisa era suave y húmeda.

Los cuatro barcos se deslizaban sobre las olas. Alrededor, en el horizonte se veían dunas de arenas blancas y árboles que se diría que eran pinos.

Era una plácida mañana.

No llevaban ni una hora de navegación cuando, desde la cofa del barco de Cela se escuchó un grito que sobrecogió a todos.

—¡Barcos! ¡Barcos! ¡Son ellos!

—¡Es Hadid! —gritó Aarón.

—¡Es Hadid! ¡Es Hadid! —se escuchó.

A lo lejos se divisaban tres puntos que, en pocos momentos se distinguieron como tres barcos.

—¡Son los barcos de Hadid que vienen directos a cruzarse con nosotros! —exclamó Joram— ¡Caeremos sobre ellos!

Al escuchar estas voces, prepararon las naves en posición de batalla, como ya conocían y los guerreros dispusieron sus armas, sus escudos y sus espadas. Los capitanes de los cuatro barcos se situaron en la proa, para dirigir las operaciones. Debían enfilear a los enemigos de frente, para atravesarlos con el espolón.

Se fueron acercando a Hadid y sus secuaces y ya podían divisar sus siluetas. Se

podían distinguir los ropajes del asesino general, agarrado a la popa de su nave.

El corazón les palpitaba al mismo ritmo que los remeros batían los remos. El tiempo se precipitaba con velocidad.

Entonces Yago agitó la cabeza. Miró a su gente. Todos estaban dispuestos a dar su vida para llevar a cabo la venganza. Todos tenían la certeza de que esa era la causa justa. Miró a Aarón y a Licia. A sus hombres, listos para morir si era necesario. Los vio fuertes. Valiosos. Y miró a Elisia. Tan joven, tan bella.

Entonces se dirigió a Aarón y le dijo:

—No podemos ponerlos en peligro.

Aarón no entendió el significado de sus palabras.

—¿Qué quieres decir, Yago?

—Nuestra gente es muy valiosa. Todos lo somos.

En ese momento sí comprendió lo que el capitán de su barco quería decir.

—No podemos poner en peligro a nuestra gente—insistió Yago—. Nosotros somos más en número que ellos. Y también más fuertes. Nuestros guerreros son los más bravos de los guerreros cananeos. Ellos son débiles. Les derrotaríamos fácilmente. Pero no quiero poner en peligro ninguna de las vidas de los nuestros. No merece la pena que manchemos nuestras manos con su sangre.

—Hablas con sabiduría, Yago —le contestó Aarón—. Tampoco yo tengo interés en recuperar los mapas de mi padre. Ya no quiero vengar su muerte. Ninguna venganza vale el precio de poner en juego nuestro mayor tesoro, que es la vida de los nuestros.

Licia se sintió orgullosa de escuchar esas palabras en la boca de Aarón.

También Joram estuvo de acuerdo y Tiflis. Y los guerreros.

—Dejemos pasar a esos mezquinos y que el destino rinda cuentas con ellos —dijo entonces Joram.

Yago se dirigió en alta voz a Cela y a los otros capitanes.

—¡Dejadles pasar! No lucharemos. ¡Seguiremos nuestro camino! —les dijo.

Aunque en un principio quedaron extrañados de esa decisión, A todos les pareció bien y aclamaron la decisión de Yago.

Los barcos de Hadid continuaron acercándose. Los mercaderes, los tres capitanes y sus tripulaciones estaban en cubierta, preparados para repeler el ataque.

Cuando ya estaban cerca, Aarón se fijó en la cara de terror de Hadid. Le miró

fijamente a los ojos. Hadid le mantuvo la mirada, paralizado por el miedo.

Todos estaban aterrados pues, las fuerzas eran desproporcionadas. Se veían ya con las tripas como alimento de los peces, pues sabían que ese era su merecido. Por eso no daban crédito a la clemencia de estos jóvenes, a los que habían hecho tanto daño.

Pasaron tan cerca que tuvieron que cuidar de los remos para no partirlos. Y escucharon hasta el sonido de sus respiraciones. Se cruzaron las naves y en breves momentos se perdieron de vista.

—Esos barcos van al límite de su carga—dijo Tiflis—. A poco que se agite el mar entrará el agua en las cubiertas.

—Cierto es —le contestó Joram.

—Licia —le dijo Aarón—. No me he acordado ni del medallón, ni de los mapas. Solo he sentido compasión por esos desgraciados.

—Me alegro de que sea así —contestó la joven—. Me alegro de que estemos todos juntos, sanos y salvos. Y me alegro de saber que eres un buen hombre.

Después de estos hechos, unas horas más tarde, encontraron la desembocadura del río Tartesso.

Y llegaron estos cananeos a la ciudad situada junto a este río y vieron las ciudades, con los muros de sus casas y palacios recubiertos con láminas de oro, como les había descrito Heracles, porque era cierto que había allí tanta riqueza. Además del oro y la plata, había estaño y cobre y otros metales. Tanto, que las colonias que fundaron en estas tierras fueron prósperas y creció el comercio entre el oriente y el occidente y entre muchos otros muchos pueblos del Mediterráneo. Hasta el rey Salomón tuvo conocimiento de tanta fama y encargaba a estos mercaderes el oro de Tartessos para la construcción de su Templo, el más rico que se conoció jamás.

Yago y Elisia se quedaron aquí y aquí echaron sus raíces. Elisia no añoró nunca más el volver a su casa. Tenía sangre de navegantes y en esta tierra encontró todo lo que podía desear. Con el paso de los años llegaron a ser reyes y tuvieron muchos hijos.

Un día, rodeada de sus hijos y sus nietos, Elisia recordó el oráculo de Samila, la hechicera, cuando se encontraron por primera vez en las Islas de la Miel y pensó que, en verdad, todo se había cumplido según sus palabras.

Caleb y Nadine realizaron muchas joyas de gran belleza, pues aquí disponían de



toda la materia prima que necesitaban. Sus collares, tocados y colgantes de filigranas llegaron a ser tan extraordinarios que su fama se extendió y muchos reyes y reinas y príncipes y grandes damas los lucieron. Lo sabemos porque muchos de esos tesoros se han encontrado hoy en día y de sobra ha quedado demostrado.

Aarón nunca supo del destino de Hadid, ni de los mapas. Pero no le importó. Las palabras de Heracles le hicieron comprender que lo único que necesitaba era su vocación y su anhelo por el conocimiento de los lugares, de las culturas y de los pueblos y de su perseverancia para trabajar en sus mapas. También Licia realizó elaborados mapas estelares. No dejaba de preguntarse cuán inmenso debía ser el mundo.

Poco después de fundar la colonia junto al río Tartesso, se despidieron de Yago y de Elisia, de Caleb y de Nadine y regresaron a Baria, para reunirse con el resto de los barcos que habrían de regresar a las tierras de Canaán.

El retorno de las naves, después del largo viaje era vivido con gran expectación por los todos los habitantes de la isla Tiro. Era el momento en el que se reencontraban familias después de meses o años. También era el momento de las buenas o las malas noticias, pues cada uno de estos viajes era una aventura. Cuando llegaron al puerto Aarón vio de lejos a su madre y a sus hermanos, que agitaban los brazos entre la multitud, felices de tenerlo de vuelta.

No dejó Aarón de visitar al rey Luli, de Sidón, para darle noticias sobre su hija Elisia, rescatada en las Islas de la Miel y establecida felizmente en la primera colonia fundada pasando las columnas de Heracles. Para explicarle dónde se encontraba ese lugar desplegó sus mapas sobre una gran mesa. Así fue como este rey supo que ya no estaba allí el fin del mundo conocido, como contaban las leyendas.

Al poco Aarón celebró su boda con Licia, con las bendiciones de su madre y con un gran banquete con sus hermanos y muchos otros parientes y amigos.

Vivieron muchos años y fueron muy felices. Y muchos viajes realizarían del oriente al occidente en los años siguientes. Eso hicieron pues tenían sangre de navegantes.

FIN

## Índice

Capítulo I. La partida.....	1
Capítulo II. La amenaza.....	7
Capítulo III. El encuentro.....	17
Capítulo IV. El padre y la tormenta.....	23
Capítulo V. El secreto.....	33
Capítulo VI. Las Islas de la Miel.....	39
Capítulo VII Un corazón roto.....	47
Capítulo VIII. La sospecha.....	53
Capítulo IX. La colonia de Bastia.....	59
Capítulo X. La Revelación.....	67
Capítulo XI. El reencuentro en tristes momentos.....	75
Capítulo XII. El fin del mundo.....	83
Capítulo XIII. La decisión final .....	91



## Índice

Capítulo I. La partida.....	1
Capítulo II. La amenaza.....	7
Capítulo III. El encuentro.....	17
Capítulo IV. El padre y la tormenta.....	23
Capítulo V. El secreto.....	33
Capítulo VI. Las Islas de la Miel.....	39
Capítulo VII Un corazón roto.....	47
Capítulo VIII. La sospecha.....	53
Capítulo IX. La colonia de Bastia.....	59
Capítulo X. La Revelación.....	67
Capítulo XI. El reencuentro en tristes momentos.....	75
Capítulo XII. El fin del mundo.....	83
Capítulo XIII. La decisión final .....	91